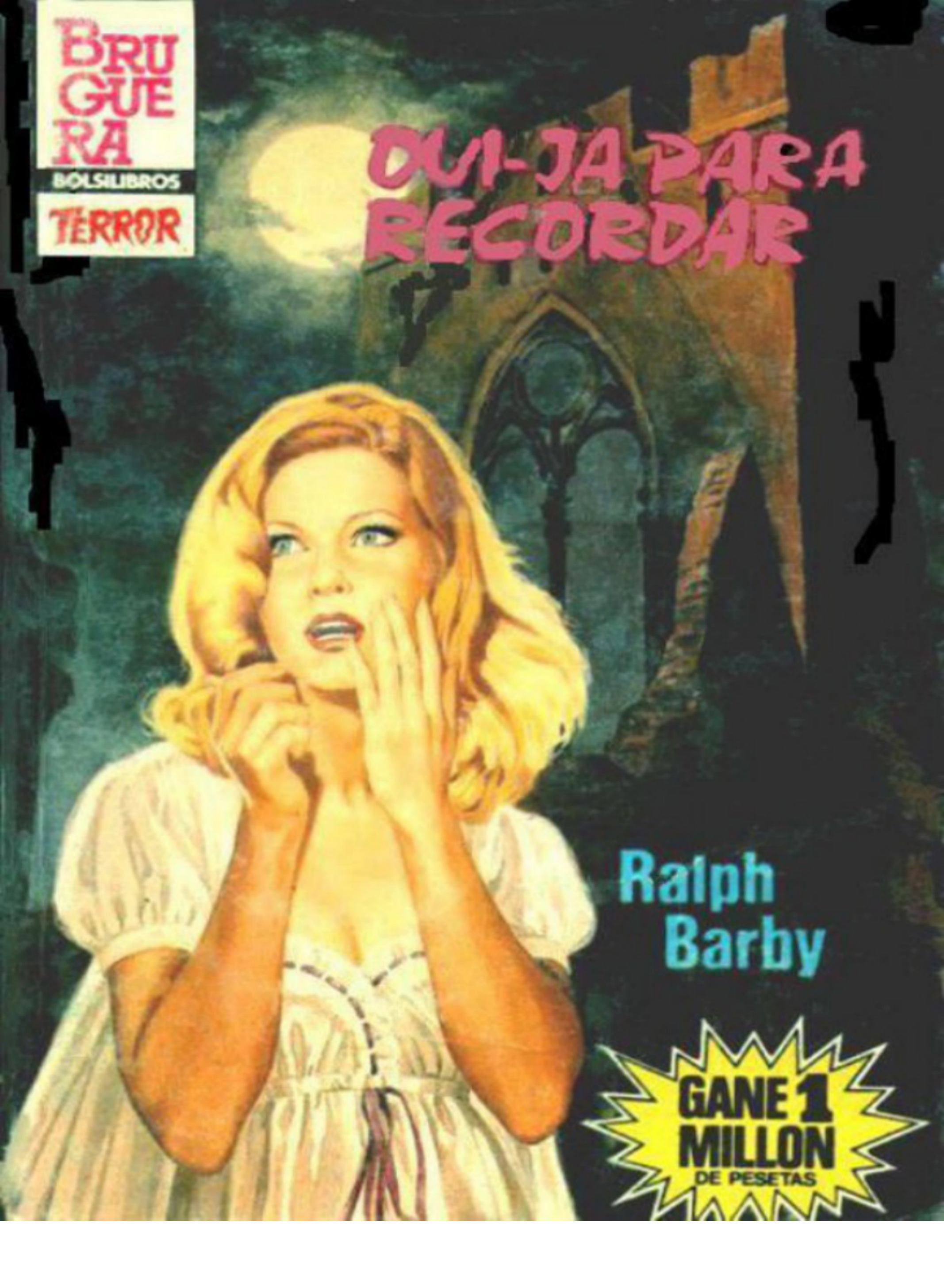

BRUGUERA
BOLSILIBROS
TERROR
OUI-JA PARA RECORDAR
Ralph Barby
GANE 1 MILLON DE PESETAS


st
SELECCION
TERROR

ENCONTRARA OBRAS DE ESTE MISMO AUTOR EN LAS COLECCIONES DE EDITORIAL BRUGUERA. S. A. QUE SE DETALLAN A CONTINUACION

Servicio Secreto

Punto Rojo

Bisonte Serie Roja

Selección Terror

La Conquista del Espacio.

RALPH BARBY

OUI-JA PARA RECORDAR

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 609

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4

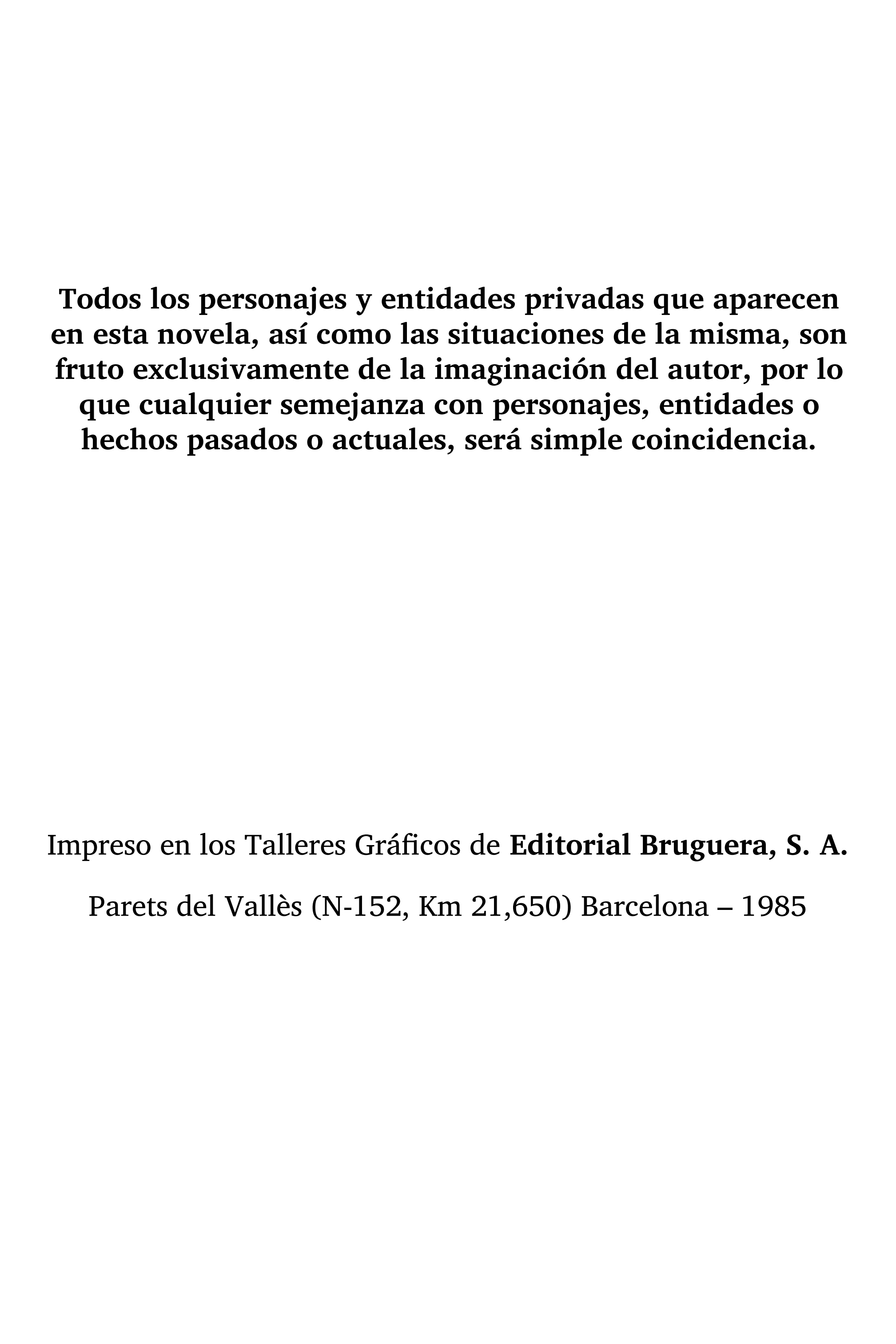
Depósito legal: B. 5.704 - 1985

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición en España: marzo, 1985

1ª edición en América: septiembre, 1985

Camps y Fabrés, 5. 08006 Barcelona (España)



Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1985

CAPITULO PRIMERO

Se pasó la yema del dedo anular derecho por la base del párpado inferior derecho y luego hizo lo propio con el izquierdo, mientras se observaba en el espejo como si quisiera quitarse alga

Sabía que era bonita, pero su belleza no la preocupaba en aquellos momentos.

Se volvió hacia la cama, una cama austera con barrotes de hierro pintado de color blanco; sobre ella estaba la maleta de piel. No era muy grande y tampoco estaba a rebosar de prendas.

La cerró y, al hacerlo, suspiró, era como si cerrara tamban una etapa de su vida.

Nadia era muy joven, alta, de cabellos oscuros y ojos verdes, unos ojos felinos según le habían dicho en varias ocasiones.

Tenía que esperar. Al fin, se abrió la puerta y apareció una enfermera de aspecto hombruno, de casi metro ochenta de estatura y una corpulencia muy considerable.

Aquella mujer, por si sola, podía sujetar a un hombre e inmovilizarlo, no sólo por su fuerza física, sino también porque estaba preparada para ello. Sonrió, lo que no era frecuente en ella.

—Nadia, te están esperando.

Sin articular palabra, la joven asintió con la cabeza. Cogió la maleta y abandonó la blanca y fría habitación. Avanzaron por un largo corredor que tenía a un enlosado blanco muy brillante.

Nadia sabía muy bien que las habitaciones que daban a aquel corredor eran las que ocupaban las pacientes ya casi recuperadas. De este modo, lo que cualquier visitante podía llegar a ver, ofrecía un buen aspecto, quizá demasiado blanco y austero, pero muy limpio y brillante.

La muchacha no veía las puertas ni las luces introducidas en el techo, sólo veía el final de lo que parecía un corredor interminable. Al

fin, cruzó el umbral de una puerta que la condujo a un hall donde abundaban fes plantas. Cualquiera hubiese podido pensar que se trataba del vestíbulo de un lujoso hotel ubicado en una población turística.

—¡Nadia, hija!

La mujer, bien conservada y que tendría alrededor de los cincuenta años, quizá unos pocos menos, asió a Nadia por los brazos casi a la altura del hombro. Sus ojos brillaban ligeramente húmedos, había emoción en dios. La joven la besó en ambas mejillas.

—Mamá, ¿tienes unos billetes?

—¿Billetes?

—Sí, dinero.

—Sí, claro.

Abrió su bolso, extrajo una billetera y de ésta, unos dólares. Nadia los cogió sin contarlos y los puso en la mano de la enfermera que sonrió ampliamente, guardándoselos de inmediato en el bolsillo de fe bata.

La madre de Nadia firmó unos documentos y al poco, abandonaban el centro psiquiátrico. Aquel lugar no tenía aspecto siniestro sino todo lo contrario, era moderno y agradable. Jardines, fuentes, bancos, pero allí no había nadie tomando el sol Los internos que salían a los jardines lo hadan a los espacios abiertos que se hallaban al otro lado de la edificación. Jejos de las miradas de quienes pudieran pasar por la calle.

Subieron al coche.

La madre se puso al volante y se alejaron del centro en el que Nadia había estado recluida durante casi dos meses que a ella le habían parecido una eternidad.

—Verás como en casa estaremos muy bien.

—No, mamá.

—Te he preparado tu antigua habitación, está lista para recibirte. La he hecho empapelar de nuevo, también le he cambiado las cortinas y he hecho afinar el viejo armonio.

—No. mamá.

—¿Qué sucede, hija, no te encuentras bien?

—Mamá, no estoy loca. He pasado un shock, es cieno, pero no estoy loca. No necesito que me cuides como si fuera una niña incapaz, madura. Soy una mujer.

La madre conducía despacio, sin habilidades pero sin cometer torpezas. Permanecía atenta a fas señales luminosas, pero estaba nerviosa.

—Tengo que cuidar un poco de ti la ha dicho el doctor.

—Lo siento, mamá, prefiero ir directamente a mi apartamento. Ya me han cuidado suficiente, no deseo sentirme más tiempo como una incapaz mental.

La madre desistió, se convenció de que no lograría hacerla cambiar de idea y tampoco debía excitarla, ése había sido el principal consejo dado por el doctor Wellington, el psiquiatra que la había tratada

—Por lo menos, esta noche vente a casa y mañana te llevo a tu apartamento, habrá que ventilarlo.

—No, mamá. Espero que no me fuerces a tomar un taxi.

—Siempre has sido demasiado independiente —se lamentó.

Sin decirlo en voz alta, la muchacha pensó que su afán de independencia era fruto de una educación basada en el apartamiento de ella cuando era niña. Sus padres habían dado muchas fiestas en bs que el alcohol había corrido en exceso; por ello, la familia Darwis había hecho edificar la casita.

La casita no era otra cosa que una pequeña edificación no demasiado sólida, construida para que en ella se jugara a muñecas, aunque disponía de todo lo necesario para convertirla en habitable.

Nadia había pesado muchas horas de su vida en aquella casita, bien en soledad, con sus amigas o acompañada de su hermano Louis, el muchacho que una trágica amanecida apareció flotando en la piscina.

Aquella muerte había impresionado profundamente a Nadia, la había marcado.

Le explicaron que Louis había caído accidentalmente dentro de la

piscina, pero había oído ciertos cuchicheos que contradecían tal versión, aunque jamás supo con claridad lo que se comentaba. Lo que si sabía es que a partir de la extraña muerte de Louis, sus amigas habían sido más escasas.

Todo aquello habla traumatizado a Nadia, aunque ésta había preferido no comentarlo con sus padres, que ya terean sus propios problemas.

La señora Darwis estacionó su coche frente al bloque de apartamentos, un edificio alto con mucho cristal acero y hormigón, un edificio que, visto a distan da, podía parecer un panal de abejas.

—Ya te llamaré, mamá —le dijo, besándola en las mejillas.

Tomó su bobo y la maleta y se alejó del coche, dejando a la señora Darwis visiblemente contrariada. No estaba segura de si hada bien dejando a su hija sola cuando acababa de sacarla de la institución psiquiátrica donde había permanecido dos meses.

Sin volver la cabeza, Nadia se internó en el edificio.

El conserje la miró con sorpresa. Ella le saludó con un movimiento de la mano, como si sólo hiciera unas horas que no se veían. Tomó el ascensor y subió al piso veintidós. Introdujo la llave en la cerradura de la puerta «E» y se franqueó la entrada.

Todo estaba como lo habla dejado, mis una lámina de polvo que no podía considerarse ofensiva. El apartamento no era muy grande. Tenía una salita muy confortable con grandes ventanales, una alcoba no muy grande y un cuarto de aseo completa

No era el apartamento que pudiera ocupar una familia con hijos, era para personas solas o parejas que no aspiraban a tener descendencia y si ésta llamaba ya al vientre de sus madres, convenía cambiar de apartamento.

Dejó la maleta sobre la cama. Se fue al compacto musical y puso un LP que le agradaba. La música del preludio de la Traviata comenzó a llenar la estancia.

Nadia avisó para que el servicio de limpieza pasara al día siguiente. En aquellos momentos, no tenía deseos de ver a nadie. Quería reencontrarse consigo misma, escuchar música y sumergirse en la bañera con abundante espuma cálida. Ya no estaba en el centro psiquiátrico, vigilada y sometida a los sedantes; Ahora se senda libre

de sus pavorosas pesadillas.

No sentía todavía los zarpazos del hambre, pero si deseó beber algo. Buscó en el mueble-bar, allí tenía whisky, ginebra, coñac y vodka, pero recordó que no debía beber alcohol por lo menos durante un tiempo y cerró la puerta del mueble-bar.

Abrió la del frigorífico que se hallaba adosado a la minicocina donde, como mucho, podía calentar líquidos en un calentador eléctrico, freír huevos y bacon para un desayuno y freír unas hamburguesas. En el frigorífico, que se había puesto en marcha al conectar la electricidad, descubrió unos refrescos que no estaban fríos. Tomó uno de cola, lo destapó y se sirvió en un vaso.

«Tienes que vencerte a ti misma. Los problemas graves que se entierran en el subconsciente para olvidarlos a la larga hacen mucho daña.»

El doctor la había obligado a asumir la realidad en toda su crudeza, unes hechos que ella había olvidado y su familia había pensado que, de esta manera, todo era mucho mejor.

El doctor Wellington había conseguido extraer de su pasado, de lo más hondo de su subconsciente, todo lo ocurrido una desgraciada noche, olvidada ya en los tiempos de su niñez.

La pavorosa vivencia infantil que había sido incapaz de asimilar, ahora ya era conocida gracias al doctor Wellington. Nadia no estaba segura de que fuera bueno tener conocimiento de ello, pero el doctor Wellington le aseguró que ya habían terminado los inexplicables terrores nocturnos, acíclicos e imprevisibles, y también los fabos ataques de epilepsia que no eran mis que terrores que la atacaban por sorpresa y que parecían una enfermedad distinta de la que realmente tenia.

El doctor Wellington había ahondado en su psiquis con bs técnicas apropiadas basta que ella había revivido el horror que una niña llamada Nadia habla sido incapaz de soportar.

No se volvió a mencionar aquel hecho. Sólo sabía que en determinada ocasión, salió de viaje y fue internada en un colegio situado en el campo y de donde se hacía verdadera vida campestre.

Le había costado integrarse hasta que sus notas comenzaron a subir, pero Nadia continuó siendo una niña solitaria, ensimismada, de difícil sonrisa, mas no era rara en aquel colegio donde había

internadas otras niñas también con problemas psíquicos. Sin embargo, un profesorado magnífico (la mitad de ellos eran psicólogos) fue allanando problemas y situaciones embarazosas.

El matrimonio Darwis pasaba algunas vacaciones en el magnífico chalet que poseían en la urbanización Black Hills, pero a ella no la habían vuelto a llevar allí, salvo en una ocasión en que, después de llegar al chalet, Nadia, al ver la casita, sufrió un terrible ataque de falsa epilepsia. Tuvieron que trasladarla a la cínica más cercana donde la calmaron con sedantes.

A las cuarenta y odio horas, volvía a ser la niña normal aunque retraída, ensimismada, falsamente tímida. El electroencefalograma, nada revelaba al respecto. Nadia tenía el cerebro perfectamente, sólo que allí dentro, en su memoria, habla quedado encerrada una vivenda atroz que, como si fuera un tumor maligno, de cuando en cuando se hada notar, torturando 3 la niña, luego adolescente y ahora joven mujer que regresaba a su apartamento después de dos meses de tratamiento en los que el tumor maligno había sido puesto al des cubierto. Ahora ya sabía de qué se trataba y no tenía por qué dejarse torturar más.

Era una mujer preparada para la vida, una profesional de la informática, y debía ser fuerte para no ser internada para siempre en el psiquiátrico, porque en ese caso ya no volvería a salir más de él, sería una loca sin solución abocada a un horrible futuro.

La muerte seria un calmante, mejor morir que convertirse en un vegetal humano internado en un psiquiátrico.

Entre madre e hija, nada se había hablado sobre la pavorosa experiencia vivida por Nadia en fa niñez. El doctor Wellington había asegurado a fa joven que de cuanto le contara a él en estado normal, sometida a hipnosis o bajo la m fluencia de determinadas drogas para el caso, nada diría a nadie, ni a su familia.

La madre de Nadia, pues, sólo sabía que la joven se había recuperado de sus últimos ataques nerviosos, el último de los cuales la había llevado a tener un accidente de automóvil. Ese accidente había sido la causa de su ingreso en la clínica, pero ahora, ya estaba libre

Regresaba a fa soledad de su apartamento, aunque tendría que visitar periódicamente al doctor Wellington para que éste pudiera seguir el curso de su recuperación.

Quería enfrentarse a la vida sin la protección de nadie, vencerse a

sí misma. Tenía que ser fuerte o sucumbir.

Lo que más le preocupaba era que pudiera volver a caer en algún ataque nervioso que la privara de la conciencia. Desde el momento en que el psiquiatra arrancara de su subconsciente la terrible experiencia vivida, no había vuelto a ser víctima de los ataques que la habían torturado, ataques en ocasiones convulsivos y que otras veces la dejaban como muerta, inconsciente durante varias horas, pero antes del tratamiento también había pasado larguísimas temporadas sin sufrir nada en absoluto.

Tenía que constatar por sí misma que no volvería a sufrir aquellos ataques que a los ojos de algunos k hacían aparecer como una endemoniada.

Dejó de pensar, el disco había dado fin a sus últimas notas. Fue a por otros LP y los colocó en el automático, después se fue a la bañera. No tardó en sumergirse en ella y cuando mejor se encontraba, la sobresaltó el timbre del teléfono.

¿Quién podía llamarla en aquellos momentos?

«Será alguien que se equivoca», se dijo.

El timbre continuó estridente, molesto, persistente. Comenzó a ponerse nerviosa. La música seguía llenando el apartamento, lo cual no era difícil por los escasos metros cúbicos de que disponía. El timbre cesó y Nadia suspiró, aliviada, al fin la dejaban en paz.

Apenas habían transcurrido dos minutos cuando el teléfono volvió a sonar con la misma insistencia de antes.

—Está bien, está bien —se quejó, saliendo de la bañera convencida de que no iban a dejarla en paz.

Se envolvió en una gran toalla para no pasar frió y se acercó al teléfono dejando las huellas de sus pies sobre la moqueta, huellas húmedas que oscurecían el tejido de lana.

—¿Diga? —preguntó, descolgando el aparato, molesta.

Cuando esperaba oír la voz de alguien que la interpelara, que se diera a conocer o se disculpara por un error, comenzó a oír el sollozo entrecortado de una niña.

—¿Diga?

Insistió, pero la respuesta seguía siendo el sollozo angustiado de una niña de ocho o diez años que parecía acosada por el miedo.

CAPITULO II

Buscó su ficha junto al reloj-controlador y la halló. El portero-vigilante se le acercó, reconociéndola.

—Buenos días, señorita Darwis, hace tiempo que no la veíamos por aquí.

—Sí, pero ya estoy de vuelta.

—Sí, ya veo. ¿Cómo se encuentra?

—Bien, muy bien. ¿Y mi ficha?

—Pues, fue retirada. Deberá ir a ver al jefe de personal para que él dé la orden de*que la ficha vuelva a su sitio. De lo contrario, no podrá seguir aquí.

Nadia conocía muy bien al señor Cunard y también su despacho. Fue directamente hada él, pero la secretaria la detuvo.

—Un momento. Usted es, es...

—Nadia Darwis. Dígale al señor Cunard que deseo vería

—Un memento, no sé si podrá atenderla ahora.

La secretaria descolgó un teléfono, marcó tres números y habló después.

—Señor Cunard, la señorita Nadia Darwis desea verlo.

Hubo unos instantes de silencio que a Nadia se le antojaron larguísimos. Al fin, fe secretaria volvió a hablar.

—Sí, señor Cunard, ahora mismo.

La secretaria abandonó su escritorio. Fue hacia la puerta del despacho y le pidió a Nadia:

—Pase usted, el señor Cunard la recibirá.

Nadia tenía una expresión grave, preocupada, temía lo peor, pero ella conocía bastante bien al señor Cunard.

No sonrió al verla, pero lo cieno es que aquel hombre no solía sonreír. Era un sujeto de mediana estatura, magro de carnes, calvo, tanto que jamás parecía haber tenido un cabello sobre el cráneo.

Un bigote bien recortado, que mantenía la misma anchura en su centro que en los extremos, fe cubría el labio superior.

Detrás de unas gafas de cristales redondos y montura gruesa había unos ojillos muy vivaces.

—Siéntate, Nadia.

—Señor Cunard…

—Siéntate —ordenó más que pidió, acostumbrado a ser obedecido.

Una vez se hubo sentado. Nadia comenzó a explicarse.

—No he encontrado mi ficha junto al reloj de marcar.

—Creo que has estado ausente dos meses.

—Estaba enferma.

—Sí, ya lo sé. Debiste avisar de que tenías el alta.

—Ya tengo el alta de la clínica —dijo, mostrándole un documento.

—Muy bien, muy bien, pero si me hubieras consultado, te habría dado una semana más para que te re pusieras del todo, quizá hasta quince días. No te iría mal irte al campo, luego podrías reincorporarte al trabajo aunque, como es lógico, tu ausencia ha sido suplida y es posible que seas trasladada a otro puesto.

—¿Trasladada? Eso suena a castiga

—Nada de eso, querida. Esta es una empresa que invierte millones de dólares en sus negocios, en sus dientes, y no puede haber fallos, tú lo entiendes, ¿verdad? Debes recuperarte del todo. Yo siempre he sido amigo de los Darwis, la sabes, por eso estás aquí y seguirás estándolo.

—Pero usted me habla de un traslado» señor Cunard, e imagino que a un puesto peor.

—Nadia, si tras esta mesa hubiese otro hombre que no fuera ya posiblemente tú habrías recibido la carta de despido, con buenas maneras, es cierto, pero tu contrato con esta empresa habría terminado.

—¿Porque soy una loca?

—Nadie ha dicho tal cosa.

—Pero he salido de una clínica psiquiátrica donde he estado recluida dos meses y no por propia voluntad, sino por orden del juez.

—Conozco el caso y no fue una orden sino una recomendación, postergando el juicio del accidente de automóvil hasta tener el diagnóstico de los psiquiatras.

—No soy culpable de nada, de nada, y ya estoy recuperada.

—Lo supongo.

Se levantó de la butaca, muy molesta.

—Bien, si no sirvo para nada en esta empresa, mejor será que vaya buscando empleo en otra parte.

—Tranquilízate, sólo se trata de unas precauciones lógicas. Por lo visto, ya has superado tu problema, ahora hay que trabajar sin agobios y luego recuperarás tu antiguo puesto. Quién sabe si con el tiempo había ascensos muy importantes. Date cuenta de que estoy tratando de ayudarte, poniendo en juego mi propia responsabilidad, pero a ti te conozco desde que eras una niña, y mucho más a tus padres, de modo que me siento obligado a ayudarte y debes confiar en mi Ahora preséntate al señor Maxwell y empezarás a trabajar. Sin embargo, mantengo la oferta de que te tomes quince días de vacaciones, el campo está magnífico en esta época. Te llevas un ordenador portátil y trabajas con él para ponerte al día Recuperarás tu rapidez habitual y te pondrás a prueba tú misma controlando los posibles fallos que puedas tener. Ya sabes lo importante que en esta empresa son las siglas, los códigos, los guarismos. Una coma trasladada de lugar puede provocar un caos, unas pérdidas.

—O unas ganancias —replicó Nadia.

—Sí, pero al final todo se descubre y hay que pedir perdón. Aquí, tú lo sabes, no se permiten los errores. Millares de accionistas, jugadores de bolsa y gentes que trabajan con el dinero, confían en

nosotros, en nuestra probada eficacia.

—Lo sé, señor Cunard, pero yo ya me encuentro bien.

—Sí, sí, ya lo sé, lo dice tu alta del sanatorio, de acuerda pero hay que tomar algunas precauciones. No quiero tener que repetirte que si no fueras quien eres, la hija de unos excelentes amigos, prescindiría de tu contrato, pero tú vas a tener una nueva oportunidad. No lamentes tu suerte, seguirás cobrando el mismo salario que antes. Sé sumisa y no te sientas humillada por ocupar un puesto con menos responsabilidad. Dentro de algún tiempo, cuando la superioridad lo estime conveniente, recuperarás tu posición. Ya te lo he dicha es posible que prosperes mucho más. Cuando vuelvas a ver a tu madre, salúdala de mi parte, dile que hace mucho tiempo que no nos vemos y que sería muy agra dable volver a encontrarnos.

—Sí, señor Cunard —respondió Nadia, dándose cuenta de que no tenía posibilidades de protesta, pues corría el riesgo de quedarse en la calle.

Cunard jamás le había simpatizado, ni de pequeña. Recordaba algunas cosas de aquel hombre de cuando ella era una niña que no le habían gustado, pero se las había callado para sí.

Maxwell, el jefe de la sección a la que acababa de ser destinada, era un hombre joven, de aspecto despierto, ojos vivaces y algo irónicos, un hombre que, a juzgar por la expresión de su rostro inteligente, prometía!

—¿La señorita Darwis? —le preguntó.

—Ajá, pero ya que va a ser mi jefe, creo que llamarme Nadia es mejor, así me Haman todos te que me conocen en la empresa, que no son pocos.

—Bien. Nadia, yo soy Maxwell. Si hace tiempo que trabajas en Informatronic Corporation te habrás dado cuenta de que soy nuevo aquí. Me han puesto al cuidado de esta sección de ordenadores. Son los más viejos que posee la empresa, los que crean más problemas, pero sirven para tener duplicidad de datos por si en los ordenadores centrales, que son muchísimo más modernos, ocurre alguna avería o son pasto del fuego a causa de algún sabotaje.

—¿Sabotaje?

—Nunca se sabe —opinó Maxwell burlón—. El espionaje industrial

y comercial es una verdadera plaga que hunde a las empresas que son sus víctimas. En esta sección el trabajo es algo más monótono y también pesado, se trata de traspasar datos de un ordenador a otro.

—Puede hacerse electrónicamente —opinó Nadia.

—Eso es precisamente lo que te empresa no desea. Si existe un fallo en la recepción de datos del exterior o en los computadores dentro de la empresa, esos datos erróneos quedarían impresos en la memoria de todos los ordenadores si se hiciera electrónicamente. En cambio, si los recibes en pantalla y te dedicas a copiarlos para traspasarlos a otro ordenador independiente situado en un lugar desconocido, la información no puede estropearse ni ser saboteada. Al mismo tiempo, tú puedes darte cuenta de un error y si ese error es bien detectado, se hacen las comprobaciones adecuadas y se pasa aviso a la superioridad para que se rectifique. Por cada error importante que logres detectar, recibirás una paga extra.

—Eso no lo sabía.

—Ni es conveniente que lo divulgues, es una gratificación extra para espolear tu atención. Trabaja con eficacia y terminarás ganando más dinero que los que creen ser los mejores arriba, en los ordenadores más sofisticados.

—Esto viene a ser un filtro y un control de calidad.

—Más o menos, al tiempo que los datos se aseguran en otro ordenador, como ya te he dicho. Los errores que aquí se detecten no los haremos públicos, sólo se pasan a la superioridad al departamento correspondiente y si has acertado, si has dado en la diana, te enteras al cobrar el salario cuando ves que tus ingresos son superiores.

—¿Cuánto por errata?

—Eso depende, lo juzga la superioridad. Tampoco ellos desean que' sepamos cuáles son los datos más im portantes. Tú busca erratas, datos que no encajen. Dispones de las terminales de todos los ordenadores de la empresa para efectuar comprobaciones. Al principio todo esto parecía una fantasía sin gracia, pero los que somos profesionales de la informática sabemos que podemos apasionarnos con estos aparatos.

Maxwell siguió hablándole, te rodeó la espalda con su brazo y terminó posando su mano sobre el hombro de Nadia, con tanta naturalidad que ella no se molestó.

Maxwell se entusiasmaba con su trabajo y tías pasaba aquel entusiasmo a los demás. AIS trabajaban diez personas, seis mujeres y cuatro hombres, además de Maxwell, en una sala de escasa luz y carente de ventanas, no había que olvidar que eran los sótanos del edificio de la Informatronic Corporation.

Luces focales iluminaban los teclados sin enviar fotones a las pantallas donde se reflejaban los datos que había que leer con mucha atención.

Nadia se dejó ganar por aquel hombre joven y alto, en apariencia delgado, de piernas largas y brazos fuertes, pero lo que más te gustaron fueron sus ojos de color miel.

Le señaló su puesto de trabajo. La ayudó a ajustar su silla, tanto en el asiento como en el respalda graduándola de tal modo que Nadia se sintió a gusto. Había que tener en cuenta que habría de pasar muchas horas allí sentada, toda su jornada laboral aunque cada dos horas se les permitía dar paseos de quince minutos con la prohibición expresa de sentarse. De este modo, se favorecía la circulación sanguínea de los empleados.

Nadia conocía todo el funcionamiento de la empresa, pero desconocía aquella sección hundida en los sótanos, casi secreta, que vigilaba atentamente lo que se hacía en las plantas superiores.

Cuando había llegado a pensar que se sentina humillada, cansada, con deseos de abandonar el trabajo, sucedió todo lo contrario. Maxwell fue su salvador en aquella situación de retomo a la actividad laboral

—¿Dónde vas a comer? —preguntó Maxwell cuando terminó la jomada.

—Yo como siempre, quiero decir, comía, en el self-service de la empresa.

—Si no te importa, conozco un buen snack. Te va a costar un dólar por encima de lo que pagues aquí, pero la comida es mejor y tienes garantizado algo muy importante.

—¿El qué? — preguntó Nadia.

—Pues, que nadie te hablara de informática mientras comas. Ni siquiera hay máquinas tragaperras ni de marcianitos.

—Sí sólo se trata de un dólar más caro y no hay ruidos electrónicos, condúceme a ese paraíso.

—Hecha

El snack estaba a diez minutos caminando. A Nadia Je pareció un poco lejos, pero él como si fe leyera el pensamiento, comentó:

—Esta caminata de ida y de vuelta te evitará hacer jogging. Hay que mover las piernas cuando se pasan tantas horas sentados.

—De acuerdo —aceptó Nadia, sonriendo.

—De todos modos, a la vuelta, si lo deseas, hay un bus que tiene su parada cerca del snack y luego frente a la empresa.

—¿No manejas coche?

—Tengo una motocicleta de gran cilindrada, pero la dejo quieta todo el tiempo que pueda Temo llegar a sentir el complejo de que las piernas ya no me son necesarias.

Nadia se rió, era la primera vez que lo hacía pese a lo simple de la ironía. Maxwell transmitía simpatía y tenia gracia al hablar. Cuando lo deseaba, levantaba el ánimo y eso era lo que ella necesitaba.

La amistad de Maxwell no la vio como una protección impuesta y k pareció bien, la ayudó en aquellos días de inseguridad.

Todo parecía marchar muy bien, pero unas palabras del psiquiatra doctor Wellington martilleaban su cerebro:

«Enfrentarse totalmente a la obsesión enquistada en el subconsciente es la mejor forma de disolver el tumor psíquico, el cáncer que daña nuestra mente.»

Y para Nadia, la mejor forma de enfrentarse al pasado redescubierto gracias al psiquiatra, era regresar a la casita.

Tenía miedo, pero no deseaba la presencia de su madre allí, y tampoco ésta querría ir. Vivía con su hermana Agatha desde que el padre de Nadia decidiera emprender una nueva vida tras conseguir el divorcio.

La muchacha no deseaba ir seda por si le ocurría algo. Aunque no iba a proclamarlo, no se sentía segura de sí misma y deseaba que a su lado hubiera alguien que pudiese hacerse cargo de ella si era víctima

de uno de sus ataques nerviosos. Por ello, pensó en Maxwell pese al riesgo de que si era víctima de un ataque de nervios, éste lo pusiera en conocimiento de Cunard, el jefe de personal, lo que podría costarle el empleo.

Mas, prefería correr el riesgo de quedarse sin empleo a continuar sin enfrentarse al terrible problema de su vida.

—Nadia, este fin de semana salimos de excursión con unos amigos. ¿Quieres acompañarme? —le propuso Maxwell.

—Bueno —aceptó.

—Lleva poca cosa, pasaremos la noche en un motel. Iremos en moto, yo llevaré un casco para ti.

—¿La noche en un motel? —preguntó Nadia con una mirada intencionada,

—No te preocupes. Las chicas que, bueno, ya me entiendes, duermen juntas en una habitación.

—¿Cuántos sois?

—Depende —respondió Maxwell—. La excursión no siempre resulta atractiva para todo el mundo.

La salida resultó divertida.

Se hablan juntado cuatro potentes motocicletas y pasaron el fin de semana fuera. No hubo ningún equivoco sexual, aunque era evidente que Maxwell se sentía atraído hacia ella.

Para Nadia, la experiencia de salir de excursión en motocicleta fue nueva y divertida. Cubrió su cabeza con el casco que le ocultaba incluso el rostro y se abrazó a la espalda de Maxwell, que dominaba la potente máquina sin dificultad.

—Os propongo una excursión —comenzó a decir Nadia cuando todos estaban animados tras beber unas cervezas.

—¿Adónde? —le preguntaron—. Conocemos ya muchos lugares.

—Mi familia tiene una finca, está como a trescientas millas junto a un hermoso lago en Black Hills.

—¿Las colinas sagradas de los indios? —preguntó Arthur, uno de

—No, no son las famosas Colinas Negras de los sioux, son otras colinas negras de menor importancia, hay mucho bosque, un lago y una urbanización muy bonita. Allí, en verano, acude mucha gente a vacacionar, gente bien situada.

—¿Tu familia está bien situada? —se burló Shirley.

—Lo estuvo, los tiempos cambian. La finca sigue siendo de la familia, aunque ya nadie va a vacacionar.

—¿Y por qué no la vendéis, si no vais?

—Problemas entre mis padres. —Hizo una pausa y añadió—: Están divorciados. Poseían h casa por mitad, no se pusieron de acuerdo para vender y como no la van a partir… Aquel lugar tiene muchos recuerdos familiares.

—¿Eres tú la heredera? —preguntó Micky, el mu chacho que había ido sin chica y con una máquina de menor cilindrada, pues pilotaba una Kawasaki KZ 550. Era el más joven y siempre llevaba varios libros consigo.

—Sí, soy la heredera de mis padres, tanto de uno como de otro, de modo que cuando ellos falten, la finca será mía y se podrá vender.

—¿Y tú no tienes problemas con los recuerdos de familia? —le preguntó Lizzy.

—Tengo recuerdos, pero no sé qué haré cuando llegue ese día, si es que llega. Si voy en moto con Maxwell, puede que muera ames que mis padres.

Los demás rieron. Maxwell preguntó:

—¿Tan mal piloto la Harley Davidson?

—No es que la pilotes mal, pero te arriesgas mucho y corres demasiado.

Maxwell, queriendo desviar la atención que se había centrado en él preguntó:

—¿De veras nos propones ir al chalet de tus padres?

—Sí, podemos dormir allá, ahora no es tiempo de vacaciones, hace

demasiado frió. Estaremos más a gusto. Si alguien tiene una caña de pescar, que la lleve, hay buena pesca.

—¿Y qué más diversiones podemos encontrar? —inquirió Shirley.

—Hay grandes bosques con caza y por si no lo sabes, cerca de allí se buscó oro.

—¿Y se encontró? —quiso saber Lizzy.

—No, no lo encontraron, que yo sepa, pero hay un lugar al que llaman el cementerio de los gambusinos. Se cuenta que les mataron por la noche y sus cadáveres fueron abandonados escalpelados.

—¿Les arrancaron las cabelleras los indios? —preguntó Shirley, estremeciéndose visiblemente.

—Es raro —opinó Micky, que solía estar enterado de todo.

—¿Por qué raro? —rezongó Arthur.

—Porque los pieles rojas no solían atacar de noche a causa de su religión.

Nadia explicó:

—No se sabe si fueron los pieles rojas o bandidos. Los cadáveres descubiertos fueron sepultados y desde entonces lo llaman el cementerio de los gambusinos.

—¿Y eso que cuentas viene publicado en la guía turística del lugar? — se burló Arthur.

—Buena no sé si habrá algo más que pueda divertiros —confesó Nadia—. Yo os ofrezco casa donde cobijamos en un lugar bonita Llevando cassettes, comida y bebidas, no lo pasaremos tan mal creo yo.

Lizzy inquirió:

—¿Tiene fantasmas la casa?

—Na no lo sé —respondió Nadia.

—¿Fantasmas en una casa nueva? —se asombró Micky, forzando una carcajada.

—No es tan nueva, la casa ya tiene algunos años —puntualizó Nadia.

Maxwell dijo:

—Por mí, de acuerdo en ir.

Al final hubo consenso y acordaron ir al chalet en la siguiente excusión. Nadia habi3 conseguido lo que se proponía. Iba a visitar el chalet y entraría de nuevo en la casita de los juegos, podría enfrentarse: a sus recuerdos para sentirse totalmente liberada de dios.

El doctor Wellington sospechaba que todavía quedaba algo oculto en lo más recóndito de la mente de la muchacha, pero no iría sola y ya no tendría miedo. Recordaba que una vez, de niña, se la habían llevado del chalet de Black Hills y ya no había vuelto más.

—Dame las llaves.

Eleonor Darwis miró a sui hija con mucha preocupación.

—¿Para qué las quieres? — preguntó al fin.

—¿Para qué las voy a querer? Para visitar el chalet

—Pero, hija, aquello está muy descuidado.

—Da igual.

—No es el mejor tiempo. Si tanto te empeñas, la haremos acondicionar. Me pondría en contacto con tu padre y en el verano podrías ir.

—Mamá, no soy ninguna niña, dame las llaves. Después de todo, por ley de vida, esa casa acabará en mis manos.

—Y lo mejor será venderla, tiene malos recuerdos.

—Lo sé, allí murió Louis.

—S, tu hermano, sólo era un niña

—Voy a darte un vistazo a la casa, hace muchos años que no la vea Quiero comprobar si es tal como la recuerda

—¿Irás sola?

—No. con unos amigos, compañeros de trabaja Uno es mi jefe, es joven pero es un excelente profesional

—¿El sabe lo que te ha sucedido? —inquirió, dubitativa.

—¿Te refieres a que he estado en el psiquiátrico?

—Pues... — vaciló.

— Mamá, yo no me avergüenzo de nada. No tengo culpa de nada y si te refieres a eso, Maxwell lo sabe y me ha estado ayudando mucha Ahora, tranquilízate. ¿Qué puede ocurrir?

—Nada, claro.

—Mamá, sólo pretendo reencontrarme con mi pasado. Esa es la terapia que me aplicó el doctor Wellington en el que tanto has estado confiando.

—Está bien. Nadie, pero te repito que no considero adecuado que vayas al chalet de Black Hills.

Nadia acompañó a su madre hasta la caja fuerte empotrada en la pared. Hizo girar las ruedas numera das y cuando hubo abierto la pesada puertecita de la caja de caudales, extrajo tas llaves que allí guardaba junto a las joyas. Se las entregó a su hija.

Con las llaves en uno de sus bolsillos, el viernes, nada más terminar la jomada laboral. Nadie se ajustó el anorac reforzado que se había comprado para aquella ocasión.

Maxwell que parecía muy contento, le entregó un casco que se ajustó a la cabeza.

—Tan guapa que eres y no se te ve la cara.

—Debo parecer una alienígena.

—De espléndidos ojos verdes...

No tardaron en encontrarse con Micky que iba a horcajadas de su motocicleta japonesa, de cilindrada inferior a la de sus compañeros, pero él no llevaba ninguna chica como Arthur y Peter, que llevaban tras de sí a Shirley y a Lizzy, respectivamente.

Las máquinas roncaron con fuerza. Intercambiaron opiniones sobre la rata a seguir y acordaron descansar a mitad de camina

Partieron, deteniéndose en la primera estación de gasolina donde las cuatro motocicletas Cenaron sus depósitos a rebosar.

Nadie no sentía directamente en su rostro el azote del viento frió de un otoño que galopaba a gran velocidad hacia el invierno. Las tardes eran ya cortas y las noches, largas. Donde más notaba el frío era en fes piernas, por encima de los tobillos, pues tamban llevaban las manos enguantadas. Aunque hubiera llovido sobre ellos, no se hubieran mojado.

Llegó a olvidar que estaba utilizando a Maxwell y a sus amigos para no acudir sola al reencuentro con su pasado.

Descansaron un par de horas en una estación de servicio. Bromearon, contándose cosas. Al dirigirse de nuevo a las motos, Maxwell la cogió por la cintura y le preguntó:

—¿Qué le ocurre, Nadia?

—¿A mí, por qué?

—Hace poco que nos conocemos, pero ya empiezo a saber cómo eres.

—¿Qué quieres decir?

—Pues, que has reído en exceso y tus carcajadas no me han parecido espontáneas.

—¿Tú crees?

—Vamos, Nadia, a mí no me engañas con facilidad.

—Quizá sea que tengo miedo.

—¿De qué?

Se encogió de hombros, como si fuera una adolescente y no una mujer con cierta seguridad en sí misma.

—No sé. Quizá temo que no os guste el chalet de Black Hills..

—Y si no nos gusta, ¿qué importancia tiene eso? Te lo diremos y listos.

—Como he sido yo quien os ha propuesto esta excursión, deseo que no os defraude.

—Eso no sería ningún delito, todos proponemos cosas, excursiones, citas, que luego no ofrecen el atractivo o la diversión que habíamos esperado. Además, eso también depende del estado de ánimo de cada cual o del grupo completo. Un mismo lugar, visitado en ocasiones diferentes, puede parecemos distinta Basta que un gafe o un pesimista latoso forme parte del grupo para que nada salga bien.

Los faros de las cuatro motocicletas barrían las tinieblas de la carretera.

Una luna casi completamente redonda se dejaba ver a intervalos entre las nubes que cubrían el cielo, haciéndolo aún más negro y ocultando las estrellas, nubes que se rasgaban pero que pronto volvían a cerrarse. De esta manera la luna, como un gran foco más colgado del firmamento, semejaba coquetear con ellos.

Lo que temían los cuatro motoristas es que las nubes se cerrasen por completo y acabara nevando, lo que haría impracticable la carretera para ellos, pues podan resbalar y accidentarse con mucha facilidad.

El viento se hada más fría sensación subjetiva a causa de la velocidad que llevaban, y también estaban subiendo en altitud sobre el nivel del mar.

Los bosques de las pequeñas Black Hills se hallaban a una altura considerable, un verdadero paraíso en verano que en invierno podía convertirse en un infierno si no se tomaba la precaución de tener abundante leña, víveres, ropa y calzado adecuados, así como un buen vehículo todo-terreno, pues a todas panes no llegaban las máquinas quitanieves para limpiar el asfalto de las carreteras.

Las cuatro motocicletas se habían ido turnando en la colocación de la marcha y Maxwell y Nadie fueron los que iban en cabeza cuando entraron en la urbanización de Black Hills, Un lugar donde la noche parecía más oscura debido a la gran vegetación que allí había.

—¡Cuidado! —advirtió Nadia.

Maxwell frenó la Harley-Davidson justo delante de la gruesa cadena que cerraba el paso a la carretera privada de la urbanización.

Las cuatro máquinas quedaron frente a la gruesa cadena. Peter opinó:

—Parece de barco, y yo puedo decirlo porque serví en la Navy.

—Es para que no entren vehículos en la urbanización —explicó Nadia.

—Eso será —opinó Micky— porque se puede saltar por encima de la cadena o pasar por debajo.

Nadia se apeó de la motocicleta. Sentía los muslos como anquilosados por las horas pasadas en la misma posición. Sacó las llaves, escogió la que pareció más gruesa y la introdujo en el pilar de hierro y hormigón donde se enganchaba la cadena. Allí había una sólida cerradura.

La llave giró y la cadena cayó al suelo, haciendo girar una rueda dentada que, movida mediante una manivela, permitía elevar de nuevo la pesada cadena que impediría el paso hasta a un camión si se atrevía a lanzarse contra ella.

La cadena, al descansar sobre el pavimento, lo hizo dentro de una canal, evitando convertirse en un obstáculo para los vehículos ligeros.

Las motocicletas pasaron por encima con facilidad, dejando tras de sí la cadena caída para subirla cuando se fueran.

Se internaron por la urbanización donde las parcelas parecían bastante grandes y las casas quedaban escondidas entre el follaje de árboles y arbustos.

De noche, apenas se podía ver más que las entradas de cada parcela que carecían de muros o envolventes propiamente dichos. Había líneas de setos y algunas vallas muy bajas para marcar los límites de cada propiedad, pero no detenían a nadie.

Nadia no recordaba con exactitud el camino a seguir para encontrar el chalet de su familia. Divisaron el lago de brillantes aguas y. al fin, alargó su brazo tras tener la impresión de hallarse en un laberinto.

Maxwell dirigió su poderosa motocicleta en la dirección que le señalaba Nadia y se introdujo por el camino privado de una de las grandes parcelas que allí había.' Cruzaron por entre altos y espesos árboles hasta que apareció el chalet en un pequeño claro donde se hallaban bs instalaciones deportivas y de servicios.

Micky, todavía a horcajadas sobre su motocicleta, con el faro de ésta iluminando el atrio del chalet, silbó de admiración y preguntó:

—¿Esta mansión es tuya?

Nadia observó la casa. Casi no la reconocía, iluminada como estaba por los faros de las motocicletas y la esquiva huía.

—Es de mis padres.

—Parece una casa grande.

Maxwell, con el casco en la mano pero también sin apearse de la motocicleta, opinó:

—Una magnifica caja de montaña. Base de piedra natural y todo lo demás, madera, pero es tú muy lejos de ser una cabaña

—Es algo siniestra, ¿no? —musitó Lizzy.

—Creo que lo mejor será que vayamos dentro — dijo Nadia.

Anduvo hacia el atrio. Llevaba las llaves en la mano. Tanteó entre ellas, escogió una y la introdujo en la cerradura. Esta se resistió un tanto, pero al final cedió con un chasquido y la puerta chirrió al ser abierta Hada mucho tiempo que no se usaba.

No había estado en aquella casa desde la niñez. Ahora, regresaba de noche y sentía en su olfato el abandono.

Una llamita apareció junto a su rostro, sobresaltándola.

—No temas, soy yo — le dijo Maxwell a su lado.

Desde el atrio, Micky preguntó:

—¿Hay fantasmas en la casa?

—¿Hay luz eléctrica? —inquirió Shirley.

Nadia respondió mirando a un lado y a otro.

—No lo sé.

Maxwell encontró el conmutador general Movió los interruptores, mas la luz no se hizo. Como si fuera una sentencia, dijo:

—No hay nada que hacer por el momento. ¿Pagan tus padres a la compañía de electricidad?

—No lo sé, es posible que no.

—¿Y qué hacemos? — preguntó Lizzy.

—En la cocina habrá velas —opinó Micky, que cuando menos debía haberse lado una docena de novelas que hablaban de casas solitarias en los montes y de las precauciones que se tomaban en ellas cuando se quedaban sin fluido eléctrico.

—Pues, buscad —pidió Nadia, como dándoles carta blanca para que se movieran por la casa.

Les pareció divertido internarse por la casa, una casa que les ofrecía frialdad y olor a humedad, pero los protegía del viento y de la posible lluvia o nieve.

—Mañana, con el sol, esto se verá distinto —opinó Shirley.

—¿Hay suficientes habitaciones para todos? —preguntó Arthur.

—La casa parece muy grande —comentó Lizzy.

Nadia dijo:

—Creo que hay ocho habitaciones, pero no estoy segura.

Peter y Micky no tardaron en regresar con velas, dos de ellas encendidas.

—Hay un cajón Heno de velas. Se ve que no era nada anormal que aquí os quedarais sin luz —dijo Micky, satisfecho.

—Podemos recorrer la casa primero y luego, comemos un poco. Escucharemos música y luego, a dormir.

—¿Qué os parece lo que propone la maestra de ceremonias? —preguntó Arthur.

Nadia se encogió de hombros. Su pensamiento no estaba en el presente sino en el sangriento pasado, un pasado que no queda comunicar a sus amigos para no llenarlos de horror, un horror que los obligaría a coger sus motocicletas para escapar a gran velocidad de aquella casa que había sido abandonada hada ya años y a la que los vecinos no habían querido acercarse.

De pronto, un aullido sobrecogió especialmente a las chicas.

Shirley preguntó:

—¿Es un lobo?

Maxwell, más consecuente, opinó:

—No es exactamente el aullido de un lobo, sino el de un perro.

—Los perros, ladran —le puntualizó Shirley.

—Sí, ladran, pero en cierras épocas de su vida también aúllan.

—Yo no te oído nunca aullar a ningún perro.

—Porque habrás vivido siempre en la ciudad —Je replicó Michael —. Maxwell tiene razón, los perros también aúllan.

Maxwell prosiguió:

—Aúllan cuando hay época de celo y por alguna causa que no pueden conseguir hembra o macho. También aúllan cuando huelen la muerte.

—Cierto —corroboró Micky—. Los perros huelen la muerte. Nosotros, como más pronto, la olemos tres días más tarde, cuando más que oler, apesta; pero los perros la huelen de inmediato, algunos dicen que antes de que llegue.

—Bueno, bueno, no empecéis a meter miedo —se quejó Lizzy.

Se volvió a oír el aullido del supuesto perra Maxwell opinó:

—Debe ser un cimarrón. Los veraneantes suelen abandonar los perros antes de regresar a la ciudad Abandonan al amigo de juegos, lo dejan a su suerte, tienen que buscarse la comida y empieza a asilvestrarse. Esos perros son de temer cuando van en jaurías, porque ya están resabiados y en jauría no temen al hombre. Cuando se trata de un solo perro o dos, entonces sí.

—¿Hay que suponer que afuera hay perros peligrosos, perros salvajes? — se asustó Lizzy.

—Podría ser —admitió Maxwell—. Es mejor no salir solos por lo menos durante 3a noche, de día ya veremos.

—¿Y tú qué opinas, Nadia? —preguntó Shirley.

—Pues, no sabía nada de esos perros cimarrones. Yo no he vuelto aquí desde que era una niña.

—¿Y tú tenias perro? —le preguntó Lizzy.

—No, no teníamos perro, a papé no le gustaban los odiaba. Le habían mordido en dos ocasiones y tuvo que recibir la vacuna antirrábica. Sé que con la escopeta mató a varios que se habían adentrado en esta propiedad.

Poniendo voz lúgubre, Micky dijo:

—Quizá el perro que aúlla viene a pedir cuentas por la muerte de sus antepasados. ¡Uuuuaaa!

—No seas idiota —le pidió Lizzy, índole un empujón.

—Si nos queremos divertir, luego podemos jugar al oui ja —propuso Shirley. Me he traído el tablero, supongo que habrá vasos en la casa.

—Seguro.

Shirley añadió:

—Pues el oui-ja, a la luz de las velas y sin posibilidad de darle a la luz eléctrica, resultará muy interesante.

Micky prefirió puntualizar.

—Para jugar bien, lo mejor es hacerlo en un lugar donde haya habido muertos y si ha sido con violencia física, mucho mejor. Nadia, ¿ha muerto alguien en esta casa?

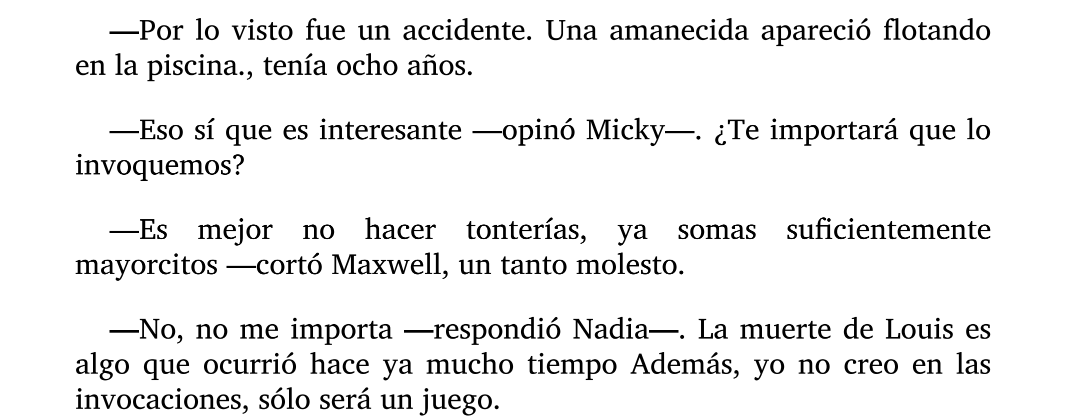
—Si —asintió en tono muy bajo.

Todos se volvieron hada ella. Había preocupación y cierta inquietud, especialmente en los rostros de Shirley, de Lizzy y también de Arthur.

—¿Quién murió? — preguntó Maxwell—. ¿Algún pariente tuyo?

—Mi hermano Louis.

—¿De accidente o de enfermedad? —inquirió Micky, interesadísimo.



—Por lo visto fue un accidente. Una amanecida apareció flotando en la piscina., tenía ocho años.

—Eso sí que es interesante —opinó Micky—. ¿Te importará que lo invoquemos?

—Es mejor no hacer tonterías, ya somas suficientemente mayorcitos —cortó Maxwell, un tanto molesto.

—No, no me importa —respondió Nadia—. La muerte de Louis es algo que ocurrió hace ya mucho tiempo Además, yo no creo en las invocaciones, sólo será un juego.

—Pero, si te ha de molestar —insistió Maxwell

—Na no ha de molestarme.

—¡Claro que no! —exclamó Micky—, Hace mucho tiempo de eso, ¿verdad?

—Sí, un montón de años.

—Bien, bien —aprobó Micky—, Entonces, lo mejor sería hacer el juego del oui ja en el lugar donde solía jugar más o dormir, su habitación, por ejemplo.

—Donde jugaba más era en la casita.

—¿La casita? — repitió Lizzy—, ¿Te refieres a que no es esta cas3?

—¿Quieres decir que hay otra casa, además de ésta? —preguntó Micky.

—Sí, hay una casita. Mis padres la hicieron construir para Louis y para mí, para que jugáramos en ella y no molestáramos a los mayores.

—Un lugar ideal para jugar al oui-ja —palmoteó Micky. y miró los rostros de todos en busca de su opinión, rostros iluminados por las velas, mientras el perro cimarrón seguía aullando lúgubremente en el exterior.

CAPITULO III

Las potentes motocicletas quedaron cubiertas por plásticos adaptados a las mismas para evitar que el rocío las empapara de humedad, aunque aquella noche podía ser peor. Las nubes habían terminado por unirse, de tal manera que el cielo estaba totalmente encapotada No se veían ya las estrellas y la luna tampoco se dejaba ver; sin embarga su luz reverberada en un casi plenilunio, conseguía hacerse notar a través de las nubes, creando una claridad débil y fantasmal que facilitaba las confusiones. Un arbusto podía parecer un ser humano que se ocultaba furtivamente o un animal presto a atacar.

Todo allí estaba descuidado. El césped había crecido en exceso y entre él habían surgido plantas silvestres que lo afeaban.

El grupo se acercó al borde de la piscina que estaba vacía de agua, pero con el fondo lleno de hojarasca y matojos secos arrancados por el viento.

Después de silbar, Peter opinó:

—Para dejarla de nuevo en su punta hay que gastarse un buen puñado de dólares.

—Con limpiarla ya está, ¿no? —preguntó Shirley. Peter, que parecía bien enterado sobre piscinas, dijo: —Hay que limpiarla a fondo y restaurarla porque hay grietas. Luego, todos los filtros han de ser cambiados y hay que esperar que las tuberías no estén rotas por el abandono.

—No creo que Nadia esté pensando en volver a llenar esta piscina de agua —opinó Maxwell junto a ella.

—No, no es esa mi intención. Además, la casa es de mis padres, no mía, aunque quizá algún día llegue a heredar esta propiedad.

—¿Y qué harás entonces? Es una casa muy grande —opinó Shirley.

—Vender.

—Es una magnifica casa —opinó Micky—, Algo des cuidada, k falta

pintura, pero es un2 casa que puede durar mucho tiempo y con una adecuada restauración, resultaría imponente para las vacaciones de una familia con unas ganancias considerables. No todas las familias americanas pueden tener una casa como ésta para sus veraneos.

—¿Tiene mucho terreno? — preguntó Arthur.

—No lo sé con exactitud, pero creo que es una parcela aceptable.

Se alejaron de la piscina para dirigirse a la pequeña edificación que rodeada de altos y espesos cipreses californianos, no era visible desde la gran casa.

—Esa es la casita —señaló Nadia.

Apenas se veía. Las luces de las velas no alcanzaban a iluminar la casita construida también en piedra y madera como la casa madre.

Aquella especie de muro constituido por los cipreses californianos que entrecruzaban sus ramas, se elevaba varios metros por encima del tejado de la casita, que constaba de una planta y un altillo dormitorio de techo inclinado, pues corresponda al tejado cubierto con tejas de madera. Debido a aquel muro de árboles, allí no debía penetrar ni el viento.

—No se ve nada —dijo Lizzy.

—Creo que mejor estañarnos durmiendo —opinó Arthur—. Nos hemos dado la paliza esta tarde con tanto kilómetro y ahora, lo mejor sería dormir.

—Sin un poco de diversión la excursión no tiene gracia —opinó Shirley.

Se acercaron a la casita que tenía un pequeño porche.

La puerta era de cristaleras y Nadia tema la llave que la abría. La cerradura cedió con relativa facilidad, pero la humedad había encajado la puerta y fue Maxwell quien, empleando su fuerza y habilidad, consiguió abrirla sin romper los cristales.

—Siendo tan pequeña es más acogedora —opinó Shirley.

Allí había sillas, dos mesas y todo estaba en desorden. La casita tenía una mini-cocina y un cuarto de aseo con media bañera cuyo grifo goteaba. Al abrir el paso general del agua, ésta había llegado por

los caños hasta la casita y los grifas de ésta goteaban como algunos del propio chalet.

Allí parecía haber de todo, aunque en completo desorden. Una escalera llevaba al altillo y por ella subió Micky con su vela introducida en el gollete de una botella.

—Eh, aquí tenemos camas para todos.

Arriba había iteras, pero el techo era extremadamente bajo y salvo que se caminara por el centro, había que inclinar las cabezas.

Arthur y Maxwell juntaron las dos mesas y fueron colocando sillas en derredor.

—¿Aquí jugabas con tu hermanó? —preguntó Lizzy, sentándose en una de las sillas.

—Sí, y nos repartíamos la casita para k* guateques. Yo hada fiestas con mis amigas y Louis, con sus amigos.

Shirley desplegó la hoja de plástico donde estaban impresas las letras y los números en círculo. Pusieron el vaso en el centro y Micky, mirando a Nadia, le preguntó:

—¿Invocamos a tu hermano o no lo hacemos?

—Mejor lo dejamos al aire —objetó Lizzy.

Shirley preguntó:

—¿Quién hará las invocaciones?

—Mejor que sea la anfitriona —sugirió Micky que parecía estar más enterado de aquel juego.

—¿Qué opinas? —preguntó Maxwell

—No lo sé —dijo Nadia, algo nerviosa. La mano le tembló. Había llegado el momento de enfrentarse a su pasado. Volvía a estar en la casita, aquella pequeña edificación levantada por sus padres para que ella y Louis pudieran jugar sin ser molestados y, lo que era más importante, para que no molestaran 3 los mayores, una casita en la que se notaba el paso del tiempo.

Allí se palpaba el abandono, aunque estaba muy lejos de hallarse en ruinas. Conservaba sus cristales y no había maderas rotas, aunque

sí estaban húmedas.

—Antes de empezar, quiero deciros que yo no estoy segura de que este juego espiritista funcione —dijo.

—Yo, si —manifestó Shirley.

—A mí me parece una tontería —opinó Arthur.

—En realidad, si sale algo, es lo que queremos que salga —dijo Maxwell—. Tomémoslo como un simple juego, un juego para divertimos antes de ir a dormir.

—Tengo frío —declaró Lizzy.

—Pues, aquí hay una chimenea y leña —señaló Peter.

—Encendamos la chimenea antes de comenzar, eso te dará un aire más infernal — propuso Micky.

El vaso quedó solo en el centro del plástico circular del oui-ja donde podían verse las letras del alfabeto, los números y también las palabras «sí» y «no» y el interrogante en torno al pomo que marcaba el centro de la circunferencia.

Pasaron unos minutos antes de que las llamas envolvieran los leños. El calor se hizo notar. Si el fuego se mantenía dentro de la chimenea, terminaría por expulsar e? frío de la casita, lo que resultaba, mucho más fácil que caldear el gran chalet donde no había energía eléctrica.

—Bien, ya podemos empezar, esto es otra cosa —dijo Micky.

Los siete dedos se posaron sobre la base del vaso invertido sobre el centro del oui-ja.

—En esta casita nos hemos reunido siete amigos —comenzó a decir Nadia—, Queremos saber si hay alguien más aparte de nosotros en este lugar que estaba solitario hasta nuestra llegada, puesto que la puerta se hallaba cerrada y yo la he abierto con mi llave.

Parecía imposible, mas el vaso comenzó a deslizarse pese a que todos tenían su dedo índice sobre él como si trataran de sujetarlo, aunque en realidad le transmitían su energía.

Todos quedaron expectantes. Fue Lizzy la que se asustó más al ver que e! vaso se desplazaba hada la palabra «sí».

—¡Sí, ha dicho si! —exclamó Shirley, excitada.

—Yo me voy —dijo Lizzy, apartando su dedo del vaso como si le quemara.

—Puedes irte —le dijo Peter—. Afuera están los perros cimarrones, ya los has oído aullar, y tienes un culito precioso para darle de dentelladas.

Lizzy volvió a poner su índice sobre' el vaso que había quedado justo encima del monosílabo afirmativo

—Bien, parece que sí hay alguien —musitó Nadia, preocupada, notando que la boca se le secaba.

Micky sugirió:

—Pregúntale si está vivo o muerta

Haciendo más grave su voz, Nadia inquirís:

—Quien quiera que seas, ¿estás vivo o muerto?

El vaso volvió a moverse, colocándose en el interrogante.

—Me da escalofríos — confesó Lizzy.

—El vaso no lo mueve nadie más que nosotros — puntualizó Arthur.

Micky opinó:

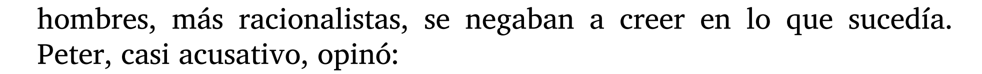
—Parece ser un espíritu juguetón, alguien que quiere permanecer en el anonimato. Nos quiere dejar en la duda de si está vivo o muerto.

—Todo esto es una solemne tontería —gruñó Peter.

El ambiente estaba creado. Los leños crepitaban envueltos en pequeñas llamas que chisporroteaban elevándose hada el pequeño hueco de la chimenea.

Tres velas distribuidas en el saloncito de la casita le daban un aire casi espectral, incluso a los rostros de los seres que allí estaban, rodeando las mesas unidas donde estaba el oui-ja.

Ya resultaba difícil rechazar que cualquier suceso fantástico que llegara a ocurrir fuera una mentira, un truco de feria; no obstante, los


hombres, más racionalistas, se negaban a creer en lo que sucedía. Peter, casi acusativo, opinó:

—El vaso lo movéis vosotras.

—¡Ya no! —se apresuró a exclamar Shirley.

—¿Por qué no continuamos? —se impacientó Micky.

Había un miedo contenido en algunos de los que allí estaban, un miedo larvado que podía aparecer en cualquier memento. Para todos, el lugar era deseo

Por el abandono de los años, la casita tenía un algo de siniestro. Las muñecas rotas, llenas de polvo, oí redan un aspecto inquietante.

La luz de las velas alargaba sus rostros, acusaba las facciones, contribuyendo a aquella situación que en cierto modo los excitaba y los empujaba a seguir adelante. Se decía que algunos que habían utilizado aquel juego se habían vuelto locos.

Nadia temía seguir adelante. Se había convencido de que el vaso no lo movían ellos conscientemente, había sido dirigido por la energía que emanaba de cada uno de ellos. Aquella energía, que la ciencia no podía llegar a computar, hacia que el vaso se moviera.

No siempre sucedía con autenticidad; en muchas ocasiones, los jugadores movían el vaso en la dirección que deseaban, pero eso ocurría cuando el jugador era solitario o a lo sumo, dos. Resultaba mucho más difícil cuando eran siete los dedos que se posaban en la base del vaso.

—¿Eres hombre o mujer? — preguntó Nadia.

El vaso no se movió. Micky la corrigió.

—No se hace así.

—¿Cómo entonces? — preguntó Nadia.

—Pregunta primero si es hombre y responderá sí o no.

Se hizo de nuevo el silencio que Lizzy rompió, estremeciéndose.

—Es excitante esto.

—¿Eres hombre?

Todos quedaron quietas, a la expectativa, mirando las uñas de los dedos índices que se apoyaban en el vaso.

—No se mueve —observó Maxwell—. Sigue en el interrogante.

—Dime si eres mujer —pidió ahora Nadia.

El vaso continuó quieto sobre el interrogante.

—Aquí no hay nada —opinó Peter, burlón.

Arthur también dijo lo que pensaba.

—Nosotros hemos jugado con el vaso, no hay nada más. Queremos ver sucesos extraños donde no los hay.

—Yo opino — «nervino Micky— que quien quiera que se hallara en espíritu dentro de esi3 casita, desea guardar el secreto de su identidad, teme ser reconocido. Quizá, sin saberlo, sea c] espíritu de uno de nosotros.

—Pero, ¿qué tonterías estás diciendo? —interrogó Shirley—. El espíritu es de los muertos. A las sesiones espiritistas acuden los espíritus de los muertos.

—En este juego, no. querida —le corrigió Shirley.

—¿Ah, no? Explícalo tú, que eres el sabelotodo.

Micky, sin apartar su dedo del vaso, carraspeó antes de hablar.

—El espíritu es algo independiente del propio cuerpo, aunque esté unido a él Cuando morimos, según las ideas espiritistas y también de otras religiones, el espíritu abandona el cuerpo que se corrompe, pero el espíritu de cada uno de nosotros y de todo el mundo, está dentro del cuerpo.

—Pero, no puede salir, está completamente dentro, ¿no es eso? —preguntó Shirley, mirando en derredor para que alguien la apoyara dándole la razón. Todos callaron.

Micky volvió a hablar.

— Según algunas teorías demostradas por muchos, casos estudiados en parapsicología, el espíritu puede escapar del cuerpo humano.

—¿Quieres decir que mi espíritu puede estar haden do o diciendo cosas que yo no sepa? —preguntó Shirley, incrédula.

—Quién sabe. Hay quien opina que el espíritu no es más que un subconsciente muy activo.

—Y tú, ¿de dónde sacas todo eso? —preguntó Lizzy.

—La cultura está en les libros —respondió Micky, algo misterioso.

—Yo no me lo creo —sentenció Peter.

—Pues, créetelo o no, pero es así — insistió Micky—, claro está que, al parecer, lo que más abunda son los espíritus de los muertos que están más o menos fijados en un lugar, pero también existen los espíritus de personas vivas que quizá físicamente están durmiendo y su espíritu se desplaza, se va del cuerpo. Según algunas teorías, eso ocurre especialmente en seres que están en peligro o atormentados.

—Nos ha dado toda una conferencia sobre espiritismo — dijo Arthur, burlón.

—¿Por qué no dejamos de hablar y seguimos? —preguntó Shirley, impaciente.

—Si el vaso ya no se mueve —observó Peter, señalando con su mano libre el vaso medio oculto por los dedos que se posaban sobre él.

—Silencio, por favor —pidió Micky. Encarándose con Nadia, dijo —: Continúa.

Se hizo de nuevo el silencio. Con voz afeo lúgubre, la joven preguntó:

—¿Sigues aquí con nosotros?

El vaso corrió y con más rapidez de lo esperado hasta cubrir el monosílabo.

—¡Ha dicho sí! —exclamó Lizzy, excitada, como si tuviera frío.

—¿Lo veis? —dijo Micky—. Sigue aquí. lo que desea es permanecer en el anonimato.

—¿Eres uno de nosotros? — preguntó Nadia.

El vaso se fue hacia el monosílabo contrario.

—Ha dicho que no—siguió diciendo Lizzy

Nadia inquirió:

—¿Quién eres?

El vaso comenzó a moverse de nuevo y fue hacia la primera letra.

—«M» —dijo Shirley.

—«U» —se apresuró a decir Lizzy.

—«R» —leyó Micky.

—«D» —volvió a decir Lizzy.

—«E» —musitó Shirley.

Micky nombró la letra siguiente.

—«R».

—«E» —anunció Shirley de nuevo.

—MURDERER (asesino) —dijo Nadia, juntando las letras cuando el vaso quedó quieto.

—¡Un asesino! —casi gritó Lizzy, apartando su dedo del vaso como si éste quemara.

—Esto es una broma de mal gusto —opinó Arthur.

Peter insistió:

—Aquí hay truco.

—¿Conoces a algún asesino? —preguntó Shirley a Nadia directamente.

—Hay un asesino, es cierto, pero yo no lo conozco.

—¿De veras hay un asesino? —«quinó Maxwell.

—Sí, se trata de una historia muy lejana en el tiempo.

—¿Te refieres a la muerte de tu hermano? —preguntó de nuevo

—La muerte de mi hermano no quedó clara. Apareció ahogado en la piscina al amanecer.

—Debió ser horrible —opinó Shirley.

Nadia puntualizó:

—Eso no fue lo más trágico.

—¿Por qué no nos explicas lo que estás callando? —pidió Micky.

Nadia respiró hondo. Al fin, con los ojos fijos en el vaso sobre el que ya no se apoyaban los dedos, musitó:

— La muerte de mi hermano fue muy trágica, pero peor, mucho peor, fue la muerte de dos amigas mías.

Todos, quedaron muy tensos. La revelación de Nadia los afectó. Incluso, el fuego de la chimenea semejó irse apagando. Peter, al notarlo, arrojó un par de lefios para reavivarlo

La luz de las velas daba al minisalón de la casita un aspecto tétrico pese a que todo lo que allí había parecía destinado a niños y jóvenes para que se divirtieran.

—Aquí hacíamos fiestas. En ocasiones, era mi hermano Louis con sus amigos y en otras, fes celebraba yo con mis amigas, pero después de la muerte de Louis. ya «o vinieron chicos por aquí. Yo dormí muchas veces aquí, incluso acompañada de amigas cuyos padres estaban jugando al bridge en la casa grande hasta la amanecida con los míos. En una ocasión, dos amigas mías se quedaron aquí a pasar la noche conmigo y murieron asesinadas.

—¿Dentro de esta casita casi de juguete? —preguntó Micky.

—Sí. yo no lo recuerdo bien, pero creo que murieron aquí.

—¿Cómo? —inquirió Lizzy, apretando los dientes.

—Les cortaron las cabezas.

—¿Decapitadas? —se asombró Micky—. Una muerte muy medieval.

—¡Qué horror! —exclamó Shirley—. ¿Seguro que no nos estás

engañando?

Micky, más agudo, preguntó:

—¿Nos has traído a esta casita de los juegos de tu niño: para buscar al asesino?

Muy preocupada. Shirley inquirió:

—¿No cogieron al asesino?

—No, nunca supieron quién fue, que yo sepa.

—Pero, ¿por que asesinaron a tus amiguitas?

—No lo sé, nunca lo he sabido —confesó Nadia.

—Creo que ya hemos hablado demasiado intentó cortar Maxwell.

—Tengo miedo —confesó Lizzy con sinceridad—. Aquí les cortaron la cabeza a dos niñas y parece ser que el espíritu del asesino está aquí con nosotros.

—¿Y si fuese ella misma? —sugirió Arthur, riéndose.

—Lo que has dicho es una estupidez —le cortó Maxwell.

Arthur replicó:

—Que sea tu chica no quiere decir que los demás no podamos hablar.

Peter añadió:

—Micky, que parece saber de todo esto, ha dicho que el espíritu podría ser el de uno de nosotros. Después de todo, ¿quién nos ha traído aquí, por qué estamos en este lugar? Aquí no hay nadie salvo nosotros y perros aullando afuera. Además, ha sido ella la que ha ido haciendo preguntas al oui ja

—Esto es un juego —sentenció Maxwell— y no pasa de ser eso, un juega y todos estamos cansados. En muchas casas han ocurrido hechos trágicos. Cualquier casa que tenga un puñado de años ha visto morir a alguien entre sus paredes.

—Pero no de forma tan viólenla —le puntualizó Micky— . Además, aquí murieron tres niños, el hermano de Nadia y do6 amigas suyas. Es

un poco raro, ¿.no os parece?

Nadia se sintió observada con mucha atención; incluso vio recelo en los ojos de sus amigos.

—Yo sufrí mucha era también una niña.

—Y si mataron a tus amigas y todas dormíais aquí, ¿por qué no te mataron a ti también?

—Creo que ya hemos jugado bastante por hoy. Nadia nos ha contado lo que ocurrió cuando era niña. Aquí se cometieron crímenes, es cierto, pero mejor no bs recordemos ahora y nos vayamos a dormir.

Todos admitieron que lo más sensato era seguir la propuesta de Maxwell Ya no se trataba de una broma, no era un simple juego para entretenerse. Nadia estaba sufriendo, era evidente. Su rostro se veía tenso y pálido a la vez.

Maxwell se colocó tras ella y le pasó Ja mano suavemente por el espinazo. No se trataba de acariciarla buscando su propia satisfacción, sino de descargar los nervios de la joven.

—Arriba hay literas para todos —dijo Micky—. Yo he contado ocho.

—Están llenas de polvo —se quejó Lizzy.

—Lo mismo da —replicó Peter.

La chimenea había calentado especialmente el altillo, ya que el aire caliente se había condensarlo en la parte alta de la casita.

El saloncito quedó vado, sólo iluminado por el fuego de los leños que seguían ardiendo en la chimenea. Subieron las velas para iluminarse y no se hicieron bromas pese a estar juntos hombres y mujeres. Cada uno de ellos escogió una litera y quedó vacía la que se hallaba junto al peldaño de la escalera.

No había sábanas, pero sí suficientes mantas para que nadie pasara fría

—El calor de la chimenea se hace notar —opinó Shirley.

—En la casa grande estañamos tiritando, es una noche fría —opinó Lizzy—. ¿Siempre hace tanto frío aquí? —preguntó, mirando a Nadia.

—No lo sé. Recuerdo que siempre veníamos en las vacaciones.

Nadie volvió a mencionar al oui-ja, a los espíritus ni la dramática historia de crímenes que Nadia había contado. Cuando el día naciera, todo se vería de forma distinta.

Nadia escogió la cama en la que solía dormir. la cama que se hallaba junto a la pequeña ventana por la que ahora nada se veía, ya que era noche muy cerrada.

Miró al techo. Era blanco y en él destacaban las vigas de madera, vigas inclinadas que toan hasta la pared, muy baja, hasta h viga central que sostenía el caballete exterior del tejado, trece vigas de madera. Cuando se ponía a dormir de pequeña, siempre habla contado las vigas, preguntándose por qué trece.

Sus ojos se cerraron sin apenas darse cuenta de ello.

Nadie cuchicheaba siquiera, las velas fueron sopladas y apagadas. Afuera, no muy lejos, al otro lado de los falsos apreses de grandes ramas que se entrelazaban como para impedir el paso de alguien, un perro aullaba lastimero; era un cimarrón hambriento.

CAPITULO IV

Se colocó delante del espejo y le pareció que estaba roto. También se rompía su rostro y no podía verse bien. Como si los que estuvieran rotos fueran sus ojos, comenzó a frotárselos.

Le pareció que una parte del rostro que veja reflejado era el de una niña. La otra parte, era de una mujer que era ella mema.

—Nadia, ¿y tus padres?

Se volvió y miró a Ruth, una de sus amiguitas de juegos.

—No sé —dijo, encogiéndose de hombros.

—Están jugando a bridge, ¿no lo sabes? —dijo Caroline casi con hastío.

—Papá y mamá siempre están jugando a bridge —se quejó Nadia, y se encaró con sus dos amigas que si eran niñas de nueve o diez años, mientras que ella tenía la sensación de ser mitad niña y mitad mujer.

En la casita reinaba un agradable desorden. Todo tenía colores vivos, luminosos, y no parecía faltar de nada. Más que de muñecas, era una casita de niñas donde se podía vivir a la perfección.

Muchos apartamentos del centro de las ciudades no tenían todo el confort de aquella casita que los Darwis habían mandado edificar para que sus hijos se entretuvieran, jugando solos o con sus amigos.

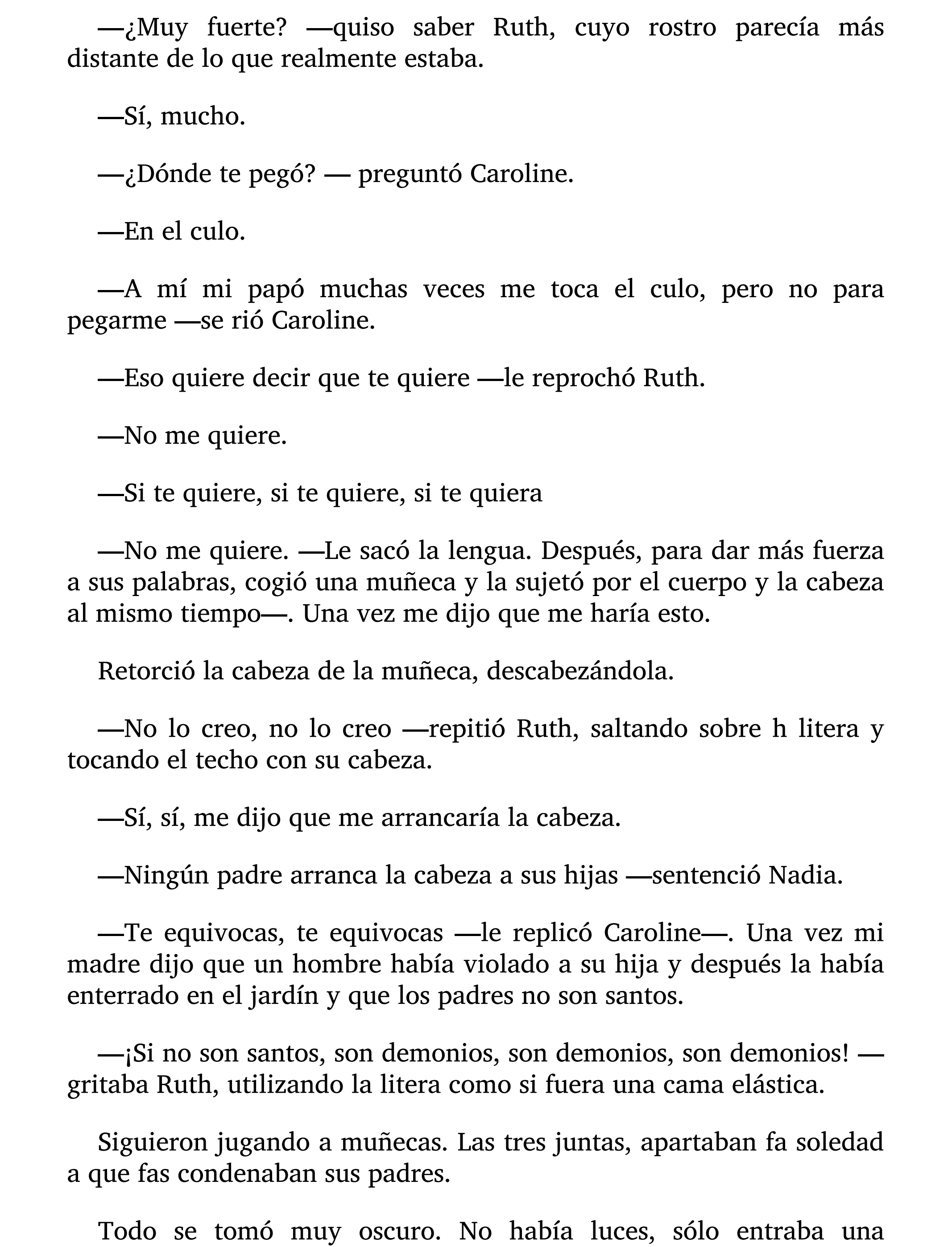
—¿A ti te quieren tus padres? —preguntó Ruth.

—A mí mi madre no me quiere —dijo Caroline, rotunda.

—A mí tampoco me quieren —confesó Ruth—. Siempre me están pidiendo que me calle, para ellos soy como una muñeca y les gustaría que fuera una muñeca de verdad, siempre quieta y callada.

—¿Y a ti te quieren? —preguntó Caroline, encarada con Nadia.

—Creo que tampoco. Mi papá me pegó una vez.



—¿Muy fuerte? —quiso saber Ruth, cuyo rostro parecía más distante de lo que realmente estaba.

—Sí, mucho.

—¿Dónde te pegó? — preguntó Caroline.

—En el culo.

—A mí mi papó muchas veces me toca el culo, pero no para pegarme —se rió Caroline.

—Eso quiere decir que te quiere —le reprochó Ruth.

—No me quiere.

—Si te quiere, si te quiere, si te quiera

—No me quiere. —Le sacó la lengua. Después, para dar más fuerza a sus palabras, cogió una muñeca y la sujetó por el cuerpo y la cabeza al mismo tiempo—. Una vez me dijo que me haría esto.

Retorció la cabeza de la muñeca, descabezándola.

—No lo creo, no lo creo —repitió Ruth, saltando sobre h litera y tocando el techo con su cabeza.

—Sí, sí, me dijo que me arrancaría la cabeza.

—Ningún padre arranca la cabeza a sus hijas —sentenció Nadia.

—Te equivocas, te equivocas —le replicó Caroline—. Una vez mi madre dijo que un hombre había violado a su hija y después la había enterrado en el jardín y que los padres no son santos.

—¡Si no son santos, son demonios, son demonios, son demonios! —gritaba Ruth, utilizando la litera como si fuera una cama elástica.

Siguieron jugando a muñecas. Las tres juntas, apartaban fa soledad a que fas condenaban sus padres.

Todo se tomó muy oscuro. No había luces, sólo entraba una claridad muy tenue por la ventanita que se hallaba junto a la cama.

Nadia sintió miedo. No era la primera vez que tenía miedo de noche y más desde la muerte de Louis, ocurrida dos años antes. Era un miedo difícil de describir.

—Mamá, tengo miedo, mamá, tengo miedo, tengo miedo —repetía para sí.

Se durmió y el sueño resultó angustioso, teda la sensación de ahogarse en un mar de aguas heladas. Oyó una carcajada, era una carcajada lejana que se acercaba a ella más y más.

«No, no abriré los ojos».

Apretaba y apretaba bs párpados, dispuesta a no abrirlos, pero la risa estaba allí, junto a ella, una carcajada que parecía no terminar nunca.

Su cuerpo comenzó a temblar, no pudo resistir más y al fin cedió.

Sus ojos se abrieron todo lo que podían abrirse, el espanto penetró por sus iris.

Frente a ella había un ser fantasmagórico, apenas iluminado por la claridad que entraba por la ventana. Era un hombre alto y tenía la cabeza cubierta por una capucha blanca. Por dos agujeros asomaban sus ojos y la carcajada fluía entrecortada por un tercer agujero que correspondía a la boca. Aquel ser la asustó de tal manera que fue incapaz de gritar.

Lo que aterró a Nadia fue lo que aquel hombre sostenía colgando de sus manos, separadas de su cuerpo y abadas a la altura del pecho.

Eran las cabezas de Ruth y Caroline, cogidas por los cabellos. Los ojos de las niñas estaban abiertos, las mandíbulas inferiores caídas y por el cuello cortado goteaba la sangre.

Parecía que estuvieran gritando, pero las voces ya no salían de sus gargantas cercenadas.

—No, no, no…

Despertó con una gran sensación de ahogo.

Miró en derredor y no vio al hombre encapuchado de su sueño, aquel hombre que sostenía las cabezas cortadas y sanguinolentas de Caroline y Ruth.

El espantoso recuerdo hatea bloqueado su mente infantil. Ella se había olvidado del sangriento suceso hasta que el doctor Wellington, en el hospital psiquiátrico, lo había sacado de su subconsciente.

Nadia había sido la primera en sorprenderse de que tal suceso le hubiera ocurrido a ella, pero así era. El doctor Wellington lo hatea extraído de su subconsciente para que dejara de torturarla.

Había sido como un cáncer psíquico que la había estado dañando, llevándola casi a la locura. Ahora ya sabía que aquel macabro sueño era fruto de una realidad vivida.

Tal como le había dicho el doctor Wellington, ya conocía su pasado, el terrible recuerdo bloqueado en una mente infantil; sin embargo, aún no se había enfrentado totalmente a ese recuerdo.

Sabía que hatea sido cierta la brutal y macabra muerte de sus dos amigas, pero no recordaba más que el suceso en si mismo e ignoraba quién era el culpable, un culpable que la policía no habla conseguido encontrar.

¿Quién era el asesino?

Todavía jadeaba cuando miró en derredor. Temía volver a encontrarse con aquel demoniaco y sádico asesino que había mostrado las cabezas sangrantes de sus víctimas a una niña, sin hacerle nada a ésta.

Oyó ronquidos. Se tranquilizó al percatarse de que todo había sido un sueña un recuerdo del pasada

—Nadia... Nadia...

Se asomó a la ventana. Tuvo la impresión de que la llamaban desde el exterior.

Nevaba, al fin caía la nieve sobre Black Hills.

Se incorporó en la cama. Apenas veía nada, bultos humanos sobre las literas, como tantas veces habla visto en su niñez, cuando allí acudían muchas amigas antes de que acaecieran los horribles hechos, primero la extraña muerte de su hermano I.ouis y después, el macabro asesinato de Caroline y Ruth. Luego, ya no había vuelto a aquel lugar.

Avanzó entre las literas colocadas a ambos lados del altillo.

El frío se hada notar, especialmente porque el tejado de aquella casita no terea cámara de aire. Después de todo, la casita no era más que un sitio para jugar en verano.

Pensó que poniendo unos leños en la chimenea, si prendían, el calor volvería a subir al altillo. Si la nieve cuajaba sobre el tejado, el frío se haría notar con fuerza.

Lentamente, descendió por la escalera de madera.

Los peldaños gruñían bajo sus pies.

Miró hacia la chimenea, quedaban rescoldos, pero sólo eso, rescoldos. Puso leña sobre dios y sopló hasta que logró que prendiera débilmente.

Aguardó a que las llamas crecieran y entonces añadió leños más grandes que, por suerte, estaban allí cortados desde hada años.

Agradeció el calor de la chimenea cuando oyó ruidos en la puerta, lo cual le extrañó. Recelosa, se levantó. Dudó entre si ir hacia la escalera para correr hacia arriba o acercarse a la puerta para ver de qué se trataba. A simple vista, nada se veía. La puerta era de madera, con cristales a cuadros no mayores de un palmo de lado.

«Tienes que enfrentarte a todo, Nadia. a todo», se dijo

Aquel ruido le había producido miedo, pero teda que vencerse a o misma, era lo que le recomendara el psiquiatra doctor Wellington.

Sino vencía a sus pavorosos recuerdos, éstos la vencerían a ella, sumergiéndola en una locura sin retomo.

Se acercó a la puerta. No había cortinas y a través de los cristales podría ver lo que había afuera.

Cuatro zancadas no muy largas la llevaron desde la chimenea donde ya ardían bien los leños, proporcionando más calor, a la casita que se veía atacada por los suaves pero helados copos de nieve, hasta la puerta.

Sus ojos verdes, como los de un felino, comenzaron a escrutar el exterior. lo que no era fácil ya que la cortina de copos blancos sobre el fondo negro del muro de apreses impedía ver nada.

De pronto…

—¡Ah!

Se echó hacia atrás mientras los cristales estallaban.

Frente a su rostro, unas largas mandíbulas armadas de curvos colmillos trataron de alcanzarla después de partir el cristal con su arremetida.

Broncos ladridos la asustaron todavía más. Estalló otro cristal y una segunda cabeza de perro asomó por el hueco que había quedado.

Asustada, volvió a gritar cuando apareció Maxwell precipitándose escaleras abajo

—¿Qué pasa?

Los perros arremetían contra la frágil puerta al tiempo que ladraban furiosos.

—¡Maxwell!

—¡Los cimarrones!

—¿Qué pasa? —inquirió Arthur, asomando también por la escalera.

—¡Los perros cimarrones que quieren entrar! —gritó Maxwell, mientras se hada con un leño no muy grueso y más largo que los otros.

Acercándose a la puerta, golpeó los hocicos de los perros que aullaron doloridos por los duros golpes que recibían.

Maxwell notó que algunos de aquellos colmillos se partían con los golpes que él les propinaba.

—¿Cuántos hay? —preguntó Arthur, ayudando a su amigo.

—No lo sé. Esos malditos cimarrones buscan comí da desesperadamente, hasta los lobos fes tendrán miedo.

—Ya, y la comida somos nosotros —gruñó Arthur, mientras hacía huir a otro de los perros, que terminaron por batirse en retaguardia ante la dura defensa con la que se habían topado en la casita.

Todavía jadeante. Nadia confesó:

—Me han asustado.

—Es natural, esos perros son salvajes y tienen más malignidad que los lobos porque conocen nuestras formas de actuar —explicó Maxwell—. Si te encontraran sola, te devorarían porque buscan carne

que comer, aparte de que los hombres somos sus enemigos.

—Pero los perros tienen miedo al hombre —objetó Arthur.

—Si van uno solo o dos, si tienen miedo, pero si se han constituido en jauría numerosa y llevan un jefe feroz, no nos temen, sino que nos atacan. Ese es uno de los peligros que en invierno tienen las urbanizaciones aisladas, urbanizaciones en las que no va nadie hasta la primavera o el verano, y la culpa es nuestra.

—¿Nuestra? — preguntó Nadia.

Maxwell explicó:

—Sí, nuestra. Abandonamos a los perros que nos molestan cuando terminadas las vacaciones regresamos a las ciudades y muchas veces esos perros son grandes, me refiero al tamaño

—¿Qué ha pasado? —preguntó Micky, apareciendo en la escalerilla.

—Podías haber bajado antes — le reprochó Arthur.

—Los perros cimarrones, que den en tanta hambre que han intentado entrar. Lo malo es que han roto varios cristales y ahora se filtrará el viento por esos huecos.

—Podemos taparlos con cánones —propuso Nadia,

—Buena idea —aceptó Maxwell

Micky, acercándose al fuego, opinó:

—Hace mucho frío, menos mal que tenemos el fuego.

—Afuera nieva — dijo Arthur—. Las motos se estarán llenando de nieve.

—Las hemos protegido con los plásticos.

Tras la observación de Maxwell, Micky objetó:

—Mejor las hubiéramos colocado en el atrio de la casa.

—Hay cuatro escalones —dijo Arthur— y mi motocicleta pesa una barbaridad. Por cierto, ¿y Peter? ¿Tan profundo tiene el sueño?

Desde lo alto de la escalera, Lizzy dijo:

—Peter no está.

—¿Qué no está, seguro?

—He encendido una vela y no está, de veras.

—Mirad por debajo de las literas, no nos quiera gastar una broma — pidió Maxwell.

Comenzaron a registrar el altillo y Peter no apare da El cuarto de aseo se hallaba abierto y dentro de él tampoco estaba Peter.

—Pues no hay más lugares donde esconderse — dijo Nadia.

Maxwell hizo piar el porno de la puerta, ti cual cedió con facilidad, abriéndose a la noche.

El pequeño atrio en el que apenas cabían dos personas los separaba de la nieve que caía abundante pero desmayadamente, como sin fuerza.

—¡Peter. Peter! —gritó Maxwell llamándole.

No obtuvieron respuesta.

Micky opinó:

—Habrá ido a proteger su moto de la nieve.

—Pues podía haber vuelto ya —gruñó Maxwell.

—Si está con las motos, nos ha tenido que oír, no están lejos.

—Los apreses son muy espesos —observó Nadia.

—Esperaremos un poco a que regrese —sugirió Arthur— y si no viene, saldremos a buscarle, no sea cosa que no sepa volver.

—Pues es bien fácil regresar aquí —opinó Micky.

—¿Y si se ha encerrado en la casa grande? —preguntó Lizzy que buscaba el calor de te chimenea.

—En la casa grande no puede estar, porque yo he cerrado la puerta y él no tiene la llave —dijo Nadia.

Cerraron la puerta de la casita y se dedicaron a tapar los huecos que habían quedado por la rotura de los cristales, dando tiempo a Peter a que regresara.

En realidad, nadie tenía deseos de aventurarse en la noche bajo la nieve y teniendo en cuenta la presencia de los sanguinarios perros cimarrones.

CAPITULO V

Se habla roto el sueño para todos, y en butacas y almohadones se instalaron frente a la chimenea donde ardían los últimos leños que un día se quedaron allí en previsión de posibles fríos.

Todos esperaban que de un momento a otro se abriera la puerta y apareciera Peter, pero éste no regresaba. Sin embargo, nadie hada alusión a él, como si nombrarlo pudiera atraer una maldición.

—Creo que tengo que contaros la verdad —dijo de pronto Nadia, sin apartar su mirada de las llamas que envolvían los leños que habían conseguido reunir buscando alrededor de fe casita, sin apartarse de ella.

—¿Qué verdad? —inquirió Shirley.

—Os he dicho que murieron dos amiguitas mías en circunstancias trágicas.

—Sí, nos lo has dicho.

—Ellas dormían conmigo en esta casita.

Arthur dijo:

—Esa historia ya la conocemos.

—Es muy emocionante —añadió Lizzy.

—Es trágica —puntualizó Maxwell Pasó su brazo alrededor de la espalda de Nadia y le dijo—: Si te molesta recordarla, no lo hagas.

—Es mejor que os lo cuente. Lo que sucedió en esta casita, ni yo misma lo he sabido durante muchos años. Hasta hace muy poco no he tenido conciencia de lo que ocurrió pese a que estaba aquí.

—Explícate —le pidió Lizzy.

Arthur preguntó:

—¿Quieres decir que tu mente se bloqueó y no recordabas nada?

—Exactamente. Eso ocurre a más personas de lo que parece. Creen que nada les ha sucedido en la infancia y. sin embargo, han presenciado o sido protagonistas de algún hecho espantoso que daña su mente y casi les conduce a la locura, y es porque su memoria se ha bloqueado y no recuerdan lo ocurrida En ocasiones sueñan el suceso, pero de forma distorsionada. Tienen miedo y fobias sin saber por qué.

—Hablas, como una psicóloga —opinó Lizzy—. Sigue, es muy emocionante.

—La muerte de mi hermano me impactó, pero no fue un hecho tan grave para mi mente de ruña. Sin embargo, cuando aquí se quedaron Caroline y Ruth durmiendo conmigo mientras nuestros padres jugaban o se divertían en la casa grande, sucedió la horrible tragedia.

—Asesinaron a tus amiguitas —apremió Shirley.

—El asesino me despertó, se sentó en el borde de mi cama, yo lo vi. Tenía los brazos separados y en cada mano sostenía tas cabezas de Caroline y Ruth. Fue horrible, horrible. Goteaban sangre, tenían los ojos y fas bocas abiertas.

—Si viste al asesino, se lo dirías a la policía.

—No seas tonta Lizzy, ya ha dicho que no recordó nada de lo sucedido —puntualizó Arthur.

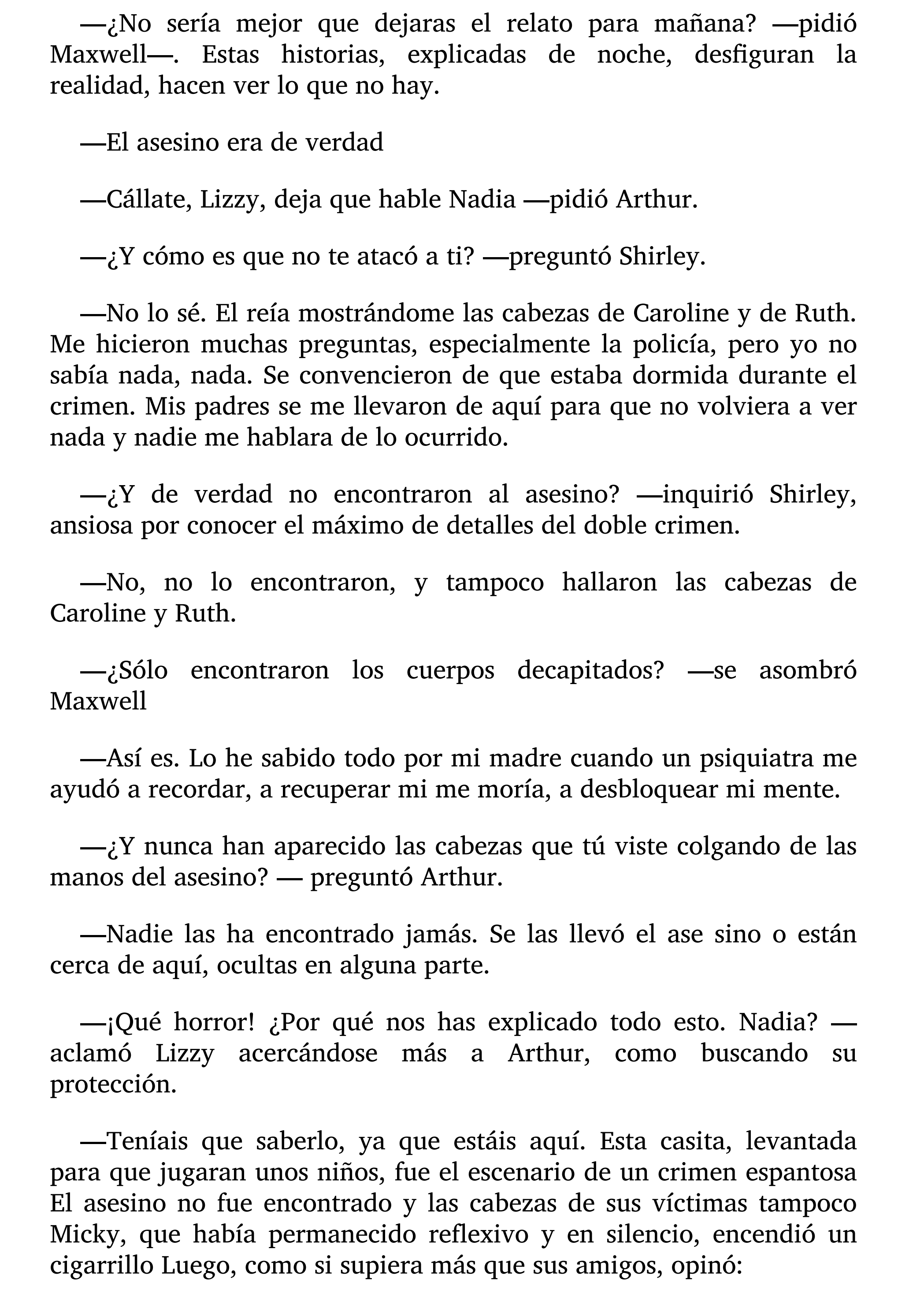
—Está bien; sigue, es muy emocionante.

Nadia aspiró profundamente. Tenía deseos de llorar, era como si hiciera pocos minutos que hubiera presenciado la horrible escena del crimen y, en realidad, casi era así, pues lo había soñado con todo lujo de detalles.

—No sé quién era el asesino. Llevaba una capucha blanca que le cubría la cabeza y se reía, se reía mucho, disfrutaba con mi espanto.

—Debiste gritar mucho —dijo Lizzy.

—No, no dije nada, por lo visto, me quedé muda. Moqueada. Cuando al día siguiente hallaron los cuerpos decapitados de ms amigas, me hirieron infinidad de preguntas. Había mucha sangre dentro de la casita, aquí donde estamos ahora y arriba, mucha sangre.



Shirley se estremeció.

—Qué horror —dijo.

—¿No sería mejor que dejaras el relato para mañana? —pidió Maxwell—. Estas historias, explicadas de noche, desfiguran la realidad, hacen ver lo que no hay.

—El asesino era de verdad

—Cállate, Lizzy, deja que hable Nadia —pidió Arthur.

—¿Y cómo es que no te atacó a ti? —preguntó Shirley.

—No lo sé. El reía mostrándome las cabezas de Caroline y de Ruth. Me hicieron muchas preguntas, especialmente la policía, pero yo no sabía nada, nada. Se convencieron de que estaba dormida durante el crimen. Mis padres se me llevaron de aquí para que no volviera a ver nada y nadie me hablara de lo ocurrido.

—¿Y de verdad no encontraron al asesino? —inquirió Shirley, ansiosa por conocer el máximo de detalles del doble crimen.

—No, no lo encontraron, y tampoco hallaron las cabezas de Caroline y Ruth.

—¿Sólo encontraron los cuerpos decapitados? —se asombró Maxwell

—Así es. Lo he sabido todo por mi madre cuando un psiquiatra me ayudó a recordar, a recuperar mi me moría, a desbloquear mi mente.

—¿Y nunca han aparecido las cabezas que tú viste colgando de las manos del asesino? — preguntó Arthur.

—Nadie las ha encontrado jamás. Se las llevó el ase sino o están cerca de aquí, ocultas en alguna parte.

—¡Qué horror! ¿Por qué nos has explicado todo esto. Nadia? —aclamó Lizzy acercándose más a Arthur, como buscando su protección.

—Teníais que saberlo, ya que estáis aquí. Esta casita, levantada para que jugaran unos niños, fue el escenario de un crimen espantosa El asesino no fue encontrado y las cabezas de sus víctimas tampoco Micky, que había permanecido reflexivo y en silencio, encendió un cigarrillo Luego, como si supiera más que sus amigos, opinó:

—El asesino es el espíritu que ha entrado en el juego del oui-ja. El nos ha querido decir que está presente en esta casa, que debe considerar como un lugar ideal para sus crímenes, que deben tener algo de rituales.

—No digas tonterías, Micky —le cortó Shirley—. ¿Cómo puede estar aquí el espíritu del asesino?

—El asesino, sin duda, tiene un espíritu muy activo y posiblemente desea volver a cometer algún crimen. Yo supero que volvamos a emplear el oui-ja para saber más cosas de él. Ese personaje, vivo o muerto, tiene deseos de hablar y se siente bien en esta casita, por eso su espíritu acude aquí. Hay algo que lo atrae a este lugar con mucha fuerza, algo que le hace matar y lo conviene en un sádico, pues disfruta con el espanto de una niña. Si seguimos interrogándole, acabará por hablar y quizá nos diga dónde escondió las cabezas de las niñas asesinadas.

—Pues la que es conmigo no contéis —advirtió Lizzy.

—No creo que sea el momento de jugar —intervino Arthur—. Nadia está hablando «a serio de un doble crimen que quedó impune y de que el criminal aún puede estar vivo.

—Cuando salga el sol, me largo de aquí a toda marcha —advirtió Shirley.

—He querido que supierais lo que ocurrió aquí, y | hay más.

—¿Más? —trincó Lizzy—, Esta casita de juguetes parece la mansión sangrienta.

—Yo estuve sometida a tratamiento psiquiátrico, ya lo sabéis. Lo había olvidado todo y sufría ataques de nervios, histerias irracionales a causa de este recuerdo encerrado en mi mente. He vuelto aquí para reencontrarme con mi pasado.

—¿Y nos has utilizado a nosotros para tu experimento de curación? — preguntó Arthur.

Maxwell intervino en defensa de la joven.

—Era lógico que no deseara venir sola.

—Existe la posibilidad de que el espíritu que se comunica con nosotros a través del oui-ja, sea el de la propia Nadia.

La aludida se sintió muy molesta por lo que acababa de apuntar Micky; sin embarga admitió:

—Si es así, yo lo ignoro. Mi pasado me atormenta y quiero liberarme de él. El doctor Wellington me dijo que sólo enfrentándome resueltamente a mi pasado me salvaría y tendría un futuro.

—Si identificáramos al asesino o. cuando menos. localizáramos las dos cabezas desaparecidas, daríamos un paso importante en todo este asunta Y si fuera el espíritu de Nadia el que nos habla a través del oui-ja, mediante este juego, que a mí no me lo parece tanto, podríamos llegar al fondo de sus recuerdos y al conocimiento de la verdad.

—Yo no creo nada de todo esto —gruñó Arthur— Que hubo crímenes, es posible, pero la demás son fantasías.

—Yo sí lo creo y tengo miedo —musitó Lizzy.

—¿Y por qué no viene todavía Peter? —se impacientó Shirley, nerviosa.

—Tarda demasiado —opinó Maxwell—. Habría que salir a buscarlo.

—Salir uno solo es peligroso, afuera están esos malditos perros salvajes que pueden atacamos.

—Si salimos armados con palos, podemos defendernos de sus ataques. Llegaremos hasta la casa grande y veremos cómo están las máquinas.

—Nosotras nos quedaremos aquí —dijo Lizzy.

—Bien; saldremos Micky, Arthur y yo.

—Bueno; esperemos que los malditos perros no nos ataquen —suspiró Micky.

Nadia preguntó:

—¿Con qué os vais a defender si os atacan los perros?

Maxwell se fijó en una silla. La tomó entre sus manos. la elevó en el aire y la estrelló contra el suelo, rompiéndola. Separó las patas que habían quedado con puntas astilladas y las repartió entre sus compañeros y él mismo

—Estos maderos nos servirán para defendemos.

Faltaba poco para el amanecer.

Todos tenían los rostros somnolientos, habían dormido poco y mal, había sido una mala noche. Lo que parecía una excursión divertida se estaba transforman do en una situación desagradable. Ninguno de ellos tomaba ya a risa el juego del oui-ja.

—No te preocupes, Nadia. Resolveremos todos tus problemas. Ya que estamos aquí aprovecharemos el tiempo.

Abrieron fe puerta. El frió se peˆ> a sus rostros, obligándoles a cerrar la boca. El suelo, de un blanco azulado, transmitía más frío 3ún.

Ya no nevaba. Todo parecía quieto, calmado, nada se movía. No soplaba viento que agitara las ramas de los apreses, muchas de las cuales se doblaban por el peso de la nieve.

Micky opinó:

—Va a ser difícil regresar con toda esta nieve.

—No esperábamos semejante nevada —dijo Maxwell—, pero circulando despacio pódeme* salir adelante.

—Lo mejor sería que alguien fuera a buscar un vehículo todo terreno grande. Subiríamos las motocicletas a la plataforma o a un remolque y nos trasladarla hasta donde la carretera ya estuviera despejada.

— Me parece una buena idea —opinó Micky—. Circular en motocicleta después de esta nevada es un suicidio, máxime con el frió que hace, y no creo que la nieve desaparezca en pocas horas.

—Quizá sea mejor lo que ha propuesto Arthur. Alguien tendrá que ir pronto hasta el pueblo mis próximo, y si viene un todo terreno a buscamos, saldremos del aprieto —opinó Maxwell.

Salieron del círculo de árboles que rodeaba y aislaba la casita dentro de la propiedad. Vieron la silueta oscura del chalet grande de dos planetas.

—A lo peor se ha caído dentro de la piscina —opinó Micky.

Se acercaron al borde de la piscina dejando las huellas tras de sí,

impresas en la nieve.

Micky sufrió un sobresalto al oír los gruñidos de varios perros que estaban dentro de la piscina, en uno de cuyos ángulos había una escalerilla.

—¡Los cimarrones! —gritó Micky.

Los perros salvajes gruñeron y ladraron desde el interior de la piscina a cuyo borde se asomaron los tres hombres.

Fue Maxwell el primero en descubrir la tragedia.

La nieve estaba ensangrentada y el cuerpo de un hombre se veía medio oculto por ella.

— Malditos perros —rugió—, han matado a Peter.

—Y harán lo mismo con nosotros si no nos vamos —grufló Micky, apretando con más fuerza el pato que llevaba en la mano.

Arthur opinó:

—Si lo dejamos ató abajo, se lo van a comer del todo.

—Si tuviéramos una escopeta, haríamos huir a los perros —dijo Micky.

—Vamos a demostrarles que no les tenemos miedo —dijo Maxwell resuelto, caminando junto al borde de la piscina en dirección a la escalinata.

Micky y Arthur se miraron y optaron por seguir a Maxwell

Los tres comenzaron a descender por la escalinata. Los cinco perros que habían estado devorando el cadáver de Peter se les enfrentaron mostrándoles sus colmillos.

Dos de ellos eran perros alsacianos y los otros tres, bastardos, pero de gran tamaño. Uno de ellos tenía mucho de doberman. El aspecto de los cinco animales era preocupante.

—Vamos, malas bestias, fieras del demonio, largaos de aquí, ya habéis comido —les dijo Maxwell con infinita rabia, mostrándoles también sus dientes.

El bastardo de doberman fue el primero en atacar; debía ser el jefe

de aquella manada. Maxwell estaba bien de agilidad y reflejos porque giró hacia su izquierda al tiempo que descargaba un durísimo pato contra la cabeza de la bestia, hasta tal punto que el pato se partió, pero el animal cayó en redondo al sudo. Mientras sus patas se movían furiosamente, su cabeza permanecía abierta y la sangre brotaba por sus ojos.

Dos perros más atacaron a Micky y Arthur, los cuales se defendieron.

Micky recibió una mordida en uno de sus brazos, pero la gruesa chaqueta de cuero más el jersey que llevaba debajo, le salvaron de una herida grave.

Arthur consiguió derribar a otro de los perra», mientras un tercero saltaba sobre su espalda tratando de apresarle el cuello.

Micky acudió en su ayuda y golpeó la cabeza de la bestia hasta hacerla caer y revolverse entre gruñidos.

La pelea se encambró. Aquellos animales no parecían tener miedo a morir ni a la superioridad del hombre, al que debían odiar con todas sus fuerzas.

El pato roto de Maxwell estaba muy astillado y éste lo utilizó como un grueso puñal, hundiéndolo en el ab domen de uno de los perros, que se marchó aullando con el pato clavado en sus intestinos.

No llegó muy lejos. Tras de sí dejaba un abundante rastro de sangre. Sus patas pronto flaquearon y el animal cayó al suelo, comenzando a aullar de dolor.

Sólo dos perros quedaron bastante enteros, aunque también golpeados, y optaron por huir, considerando que el enfrentamiento había sido una derrota para ellos.

—¿Cómo estás. Micky? —preguntó Maxwell

—Me dude mucho el brazo. Creo que los colmillos me han llegado a la carne y parece como si me hubieran partido el hueso.

—Arthur, remata a ese perro que aúlla —pidió Maxwell.

—En seguida.

Arthur subió la escalerilla y fue en busca del perro caído que

aullaba de dolor en una agonía que prometía ser larga, con el palo introducido en sus intestinos.

El animal miró a Arthur y su mirada fue ahora distinta. Ya no odiaba al hombre, era como si hubiera vuelto a ser el perro Jobo adiestrado que vigilaba un chalet y que había sido abandonado por ser considerado una molestia en la ciudad a la que sus dueños debían regresar.

Arthur vaciló. Los ojos del animal se Je antojaron suplicantes, pero volvió a levantar el palo y descargó un duro golpe contra la nuca del perro, que concluyó así su agonía.

Era horrible contemplar el cadáver de Peter.

Le habían arrancado las mejillas a dentelladas y parte del abdomen y los muslos. Las manos estaban mordidas también.

—Hay que taparla ocultarla que no lo vean las chicas —pidió Maxwell.

—Llevémoslo a la casa grande.

—Está cerrada — dijo Micky.

—Nadia tiene las llaves —dijo Maxwell—. Llevemos el cadáver hasta el porche de tu casa. Si lo dejamos aquí, terminarán devorándolo los perros.

—¿No se quejara la policía por haber tocado el cuerpo? Ya sabes cómo son de susceptibles los policías en estas cosas, y más siendo nosotros jóvenes.

—Cualquier médico podrá informar de qué ha muerto Peter. Vamos allá con el cadáver, hay que sacarlo de aquí.

—Estoy mareado —confesó Micky.

—Pues, aguántate y ayuda —le exigió Maxwell

El cadáver frío, rígido, destrozado a dentelladas, fue llevado hasta el atrio de la casa grande.

—Los malditos amarrones tardarán en volver, han recibido una buena lección. Hemos dejado a tres de dios muertos.

—¿Y qué hacemos ahora? Las motocicletas parecen estar bien, pero

a mí me duele mucho el brazo

—Preguntaremos a ver si hay un botiquín en alguna parte — dijo Maxwell Se acercó a las motocicletas y les quitó la nieve de encima.

Arthur comentó:

—Los plásticos las han protegido.

—Lo mejor que podemos hacer es que uno de nosotros salga con mucha cuidado en una moto a pedir socorro al pueblo más cercana — Un palmo de nieve, con una moto pesada, puede superarse —dijo Arthur—, siempre que no ruede muy aprisa, claro.

—Tendrían que matar a todos esos perros de una condenada vez — se lamentó Micky. Al mirar su muñeca, descubrió la sangre que se iba deslizando por el interior de la manga.

CAPITULO VI

Arthur se ajustó el casco y Shirley hizo lo propio.

El joven puso en marcha la motocicleta, que al principio se resistió debido a la baja temperatura que había penetrado hasta el corazón de la máquina.

—Sería mejor que fueses tú solo, Arthur —dijo Maxwell, viendo como la chica subía a horcajadas a la motocicleta, abrazándose a la cintura del piloto.

—Yo no me quedo aquí.

—Es mejor que no sigamos perdiendo el tiempo —dijo Arthur.

Puso la máquina en marcha haciéndola rodar sobre h nieve.

La moto parecía que fuera a caerse de un momento a otro, pero Arthur consiguió equilibrarla y las anchas ruedas se enderezaron abriéndose paso por la nieve blanda. El peso les hada tocar el asfalta pero Arthur sabía bien que no podía correr, pues el riesgo de caída era elevado.

—¿No nos podríamos marchar todos? —preguntó Lizzy.

—Tenemos que esperar a que venga un vehículo todo terreno para sacarnos de aquí con las motocicletas y ha de venir la policía — dijo Maxwell

Oyeron el mido de la motocicleta, alejándose cuando ya la habían perdido de vista hasta que Micky dijo;

—Ya no se oye.

—Deben estar al otro lado de la colina —opinó Nadia.

—Aquí afuera hace mucho frío, ¿qué hacemos? —preguntó Lizzy.

—Dentro de la casa está el cadáver de Peter.

—Sí, y además está muy fría. ¿Dónde estaremos mejor?

—En la casita, si llevamos leña —sugirió Micky. que seguía doliéndose del brazo que había sido objeto de una cura muy simple con el botiquín, que Maxwell llevaba en su motocicleta.

—Busquemos madera y en fa casita estaremos guarecidos —dijo Maxwell

Nadia indicó:

—La leñera grande está detrás del chalet. Allí, si no la han vaciado, encontraremos leña.

—Pues hace falta mucha leña para que no pasemos frió, y no estaría de más encontrar algunas bebidas. Yo tengo frío.

—¿Hay algo bueno para beber en esta casa? —preguntó Lizzy.

—Sí, hay una bodega —dijo Nadia.

—Pues unas botellitas nos vendrían bien. Yo me siento mal y tengo miedo de que el perro estuviera rabioso.

—No lo parecía —replicó Maxwell, deseando tranquilizarlo—. Además, los perros rabiosos no van en jauría sino solos.

—Id vosotras a buscar unas botellitas mientras nosotros cogemos leña, no creo que los perros vuelvan por ahora. Además, la espera será corta, bastara con que Arthur encuentre un coche patrulla en la carretera para que recibamos ayuda.

—Ven conmigo, Lizzy —le pidió Nadia.

La chica vaciló, pero al fin optó por internarse en la casa.

Rehuyeron mirar hacia el sofá donde yacía el cadáver de Peter, cubierto con una manta. Una mana a la que faltaban dos dedos, colgaba fuera de la manta. Ya no goteaba sangre.

—Hace tanto frío aquí como afuera —opinó Lizzy

—Creo que era por aquí.

Nadia se enfrentó a una puerta que se hallaba bajo la escalera que ascendía al pisa

—Si no hay luz, yo no bajo — advirtió Lizzy.

—Tenemos una vela —respondió Nadia, encendiéndola con un fósforo que arrancó de un sobrecito.

—Está muy oscuro.

—Anda, bajemos juntas, no sucederá nada.

—¿No podrías bajar tú? Yo te esperaría aquí arriba.

Nadia la miró con cierto desdén y se encogió de hombros.

—Como quieras, quédate con Peter.

—¿Con Peter? —Lizzy miró hacia el sofá y se decidió de golpe—. Ya te acompaño.

La bodega no estaba muy honda y tema un techo muy bajo. La vela fue suficiente para iluminarlas. Había varios toneles, pero se fijaron especialmente en las botellas sobre las que habían crecido fas telarañas.

—Tus padres estaban bien abastecidos Si entran ladrones, van a salir borrachos —opinó Lizzy.

—Cogeremos un par de botellas de whisky, otra de ginebra y dos o tres de vina será suficiente

—Sí, creo que sí, Maxwell y Micky no han destacado nunca por beber demasiada

—Lizzy, ¿puedo hacerte una pregunta? — inquirió Nadia cuando ambas estaban cargando las botellas

—Sí, claro.

—¿Tú crees que era yo o mi espíritu, como dice Micky, quien movió el vaso del oui-ja?

Lizzy se echó a reír, mas su risa se fue enfriando hasta que en vez de responder, preguntó:

—No querrás meterme miedo en el cuerpo, ¿verdad?

—Está bien, no respondas, olvida lo que te he preguntado.

—Como quieras, pero, pero…

—Pero ¿qué?

—¿Cuánto, cuánto tiempo has estado en el manicomio?

—No era un manicomio exactamente, y si te refieres a cuánto tiempo he estado en tratamiento, te diré que dos meses y no estoy loca.

—Sí, sí, claro, no estás loca, pero ¿por qué no salimos ya de aquí?

—Ahora misma

De pronto la puerta se cerró con un chasquido desagradable.

—¿Qué ha sido eso?

Nadia respondió:

—No sé, el viento quizá.

—¿Viento? Aquí no hay corriente de aire. Además, hoy no hace vienta no hace viento. —Corrió por la escalera hasta golpear la puerta.

—No te pongas nerviosa, ya la abriremos.

—¿Qué ocultas. Nadia, qué ocultas?

—Yo no oculto nada, yo sólo quiero descubrir.

—¡Tú eres una bruja!

—Pero, ¿qué dices?

—Eres una bruja, si, una bruja, me das miedo, me das miedo. No teníamos que haber venido nunca aquí. Peter ha muerto y es culpa tuya, tuya.

—¡Cállate!

—No, gritaré, gritaré, eres una bruja, una bruja…

Comenzó a chillar agudamente hasta que cayó una botella al suelo y se hizo pedazos con un ruido estridente. Era una de las botellas que Nadia llevaba consigo.

Como si acabaran de cerrar el grifo de voz en su garganta, el chorro cesó y Lizzy quedó callada.

—A veces, las pumas se cierran solas, no te pongas nerviosa.

Nadia subió los peldaños. Asó el poma lo hizo girar y la puerta cedió, abriéndose.

— ¡No es posible! —exclamó Lizzy.

—Vamos, Lizzy, cuando una se pone nerviosa no acierta ni a dar la mana

—Dime, ¿esta casa también está embrujada como la casita?

—No hay nada embrujado aquí.

—¿Ah, no? La puerta se ha cerrado sola y yo no he podido abrirla. En cambia tú la has abierto con toda facilidad. Tienes poderes, ¿verdad? Sí, claro que los tienes. Micky ya lo ha insinuado. El dice que tú eres la que mueve el vaso del oui-ja.

—Yo no muevo nada y cállate de una vez.

Pasaron de prisa jumo al cadáver de Peter y salieron de la casa. Afuera les aguardaba el helado manto de nieve. Tres motocicletas se hallaban cubiertas por plásticos. Se podía ver claramente el rastro de la máquina de Arthur, era una línea recta que desaparecía a lo lejos.

—¿Y los perros, dónde están? —inquirió Lizzy, asustada.

—No están, parece ser que acuden de noche. Además, ahora no vendrán. Los perros huelen la muerte y más si la muerte es de miembros de su jauría.

—¿Y cómo sabes tú eso?

Nadia se encogió de hombros y echó a andar pisando la nieve en dirección a la casita por cuya chimenea salía huma Lizzy la siguió aprisa.

—Hola, mira lo que traen —dijo Micky—. Es magnífico.

—Tómate un trago de whisky. Micky, estás muy pálido —le dijo Maxwell

—Sí, sí, un poco pálido. Oye, se me ocurre una pregunta, pero

puede ser muy idiota.

—Hazla y luego te diré si es idiota o no.

—¿Sabes si hay peños venenosos?

—¿Perros venenosos, como las serpientes, quieres decir?

—Te parecerá una estupidez, pero el brazo se me está h in chindo.

—Te hemos limpiado las heridas con alcohol y luego te hemos puesto mercurocromo Tienes dos punzadas de colmillo que consiguieron perforar la chaqueta de cuero, pero nada más.

—Pues me dude mucho y el brazo se me hincha. Por todos los diablos, ¿cuándo vendrá la policía? Quiero que me vean en un hospital no me gusta esta no me gusta nada.

—Claro que no te gusta si te duele, hay perros que tienen malas bromas. Anda, bebe de este vaso. Hum, buena marca de whisky, ya lo creo.

Micky bebió un trago muy largo. Después, dijo:

—Parece que me siento mejor, claro que con algo de hierba me sentiría mucho más aliviado.

— No seas idiota, si te llevan al hospital te van a oler.

—No soy ningún adicto a las drogas. Vamos, dame

otro trago, se me está quitando el frío. —Bebió de nuevo, miró a Nadia y dijo—: Vamos a marchamos sin averiguar cuál es el misterio de este lugar.

—El misterio no se sabrá nunca.

—Yo creo que si puede saberse.

—Déjate de tonterías —le cortó Maxwell.

—Maxwell, por favor, deja que sea ella quien hable. Dime, Nadia, ¿le temes al oui-ja?

—No

—Entonces, ¿por qué no jugamos mientras liega la policía?

—Yo no quiero jugar a eso —dijo Lizzy—. Nadia tiene poderes muy raros.

—¿Sabéis lo que piensa Lizzy'? Sencillamente, que soy una bruja.

—Aunque no lo creáis, se ha cerrado la puerta de la bodega, nos hemos quedado encerradas. Yo he intenta do abrir la puerta y no he podida en cambio ella la ha abierto en seguida.

Puedes haberte puesto nerviosa y no haber acertado a abrir la puerta —rezongó Maxwell, malhumora do, mientras añadía leña al fuego de la pequeña chimenea para que la casita rechazara el frió de la nieve que los envolvía.

—Sí, es lo que ella ha dicho, parece que estéis de acuerdo en todo, pero yo no he conseguido abrir la puerta.

—¡Ya está bien, me estáis confundiendo todos, todos! No he debido traeros aquí, no he debido hacerlo, esto es peor de lo que esperaba.

Sí. y Peter ha muerto —acusó Lizzy con los ojos brillantes y las mejillas encendidas.

—No es cufp3 de Nadia. Por alguna causa que ignoramos, Peter saltó durante la noche y afuera estaban los perros amarrones, lo sabíamos —dijo Maxwell.

—Si no hubiéramos venido aquí, el ataque de esos malditos perros no se habría producido.

—Sí, pero podía haberse roto la cabeza en cualquier curva en otra parte. La muerte no sabemos jamás donde se agazapa para esperamos —rechazó Maxwell.

—Yo tengo la impresión —comenzó a decir Micky despacio— que la muerte está agazapada en este lugar precisamente. Es como si esto fuera una trampa y nos hemos metido nosotros solitos en ella. Peter no será el único en morir en este maldito sitio.

—¡Cállate, cállate! —exigió Nadia, muy nerviosa.

Lizzy gritó:

—¡Yo quiero irme, quiero irme!

—Hay que esperar a la policía —le recordó Maxwell.

—Shirley se ha ¡do y yo también quiero irme, que alguien me Be ve.

—El brazo me dude demasiado —gruñó Micky—. Además, creo que muy pronto estaré borracho.

—No Micky, no bebas más. —Maxwell le quitó la botella.

—¿Por qué no? Me duele mucho el brazo y el whisky me alivia.

—Si viene la policía y te ve borracho, va a contárselo al juez y creerán que hemos venido aquí a celebrar alguna clase de orgia, lo cual no es cierto.

—Al diablo el juez» yo me siento muy mal.

Nadia y Maxwell intercambiaron una mirada. La situación se tomaba preocupante y Arthur y Shirley no daban señales de vida.

CAPITULO VII

—Está bien —dijo Nadia, resuelta—. Llegaremos hasta el fondo de todo, quiero conocer la verdad.

—¿Cómo? —le preguntó Lizzy.

—Micky lo ha propuesto.

—¿El oui-ja? —preguntó Micky, medio borracho.

—Dejaos de estupideces —cortó Maxwell—. No hay espíritus sueltos que contacten con nosotros a través de un simple juego de salón, un juego para gentes aburridas.

—¿Acaso temes lo que pueda salir del oui-ja? —le preguntó Micky.

—Simplemente que no creo y no veo la gracia en que Nadia haya de someterse ahora a ese maldito juego.

—Yo estoy dispuesta —dijo Nadia—. Sé lo que ocurrió.

—Sólo en parte, querida —le puntualizó Micky, lúcido pese a su borrachera—. Todavía no sabes quién fue el asesino, el encapuchado que te mostró las cabezas cortadas de tus amiguitas.

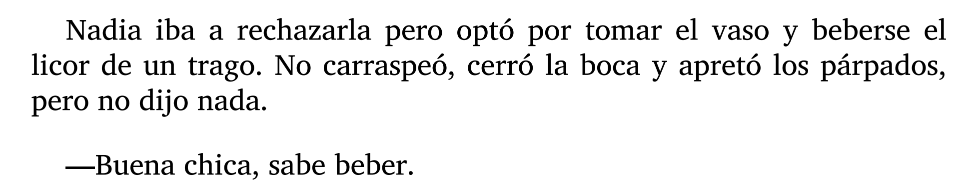
—Quizá haya algo que me lo haga recordar. Hasta hace poco, ni siquiera recordaba que yo hubiera sido testigo de tal hecha Un psiquiatra ha tenido que sacármelo del subconsciente.

—El asesino tiene que ser un loco —sentenció Lizzy.

—Eso sí es cierto, pero es misión de la policía el encontrarlo —opinó Maxwell.

Nadia se acercó a la mesa y clavó sus ojos en el circulo blanco del oui-ja sobre el que destacaban las letras y guarismos en negro. En el centro estaba el vaso boca abaja

—Anda, tómate un traguito antes —le pidió Micky, escaciando whisky en un vaso.



Nadia iba a rechazarla pero optó por tomar el vaso y beberse el licor de un trago. No carraspeó, cerró la boca y apretó los párpados, pero no dijo nada.

—Buena chica, sabe beber.

—Nadia, no sigas adelante —le jadió Maxwell—. Quienes avanzan por estos caminos de las fantasías macabras acaban enloqueciendo, pierden el norte, no saben dónde está la verdad y dónde la mentira.

—Si no averiguo la verdad, terminare loca igual mente.

—El oui-ja puede que te la diga. Quizá no sea un espíritu, sino tú misma — insistió Micky.

—Yo no voy a jugar, os lo prevengo —advirtió Lizzy. al borde de la histeria.

—Pienso que para ir bien, lo mejor sería que jugara ella sola — opinó Micky.

—Micky, cállate o te voy a cerrar la boca de un puñetazo.

—¿Por qué quieres pegarme, Maxwell0 No tienes que protegerla tanto, la sobreprotección es mala, muy mala. —Se echó a reír—. Si alguna vez acabo mis estudias. me haré psiquiatra, palabra de honor que seré psiquiatra.

—Maxwell, no te enfades con Micky, está algo bebido y le duele el braza Voy a intentarlo yo sola como él ha dicho

Lizzy le advirtió:

—Si lo haces tú sola, el vaso irá por donde ni quieras.

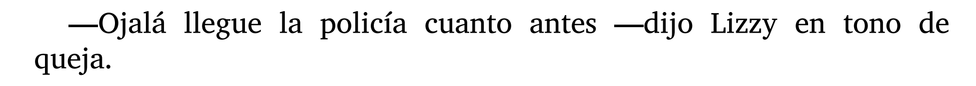
—Puede que sí, puede que no, je, je, je.

—Eres maligno, Micky.

—Déjala Maxwell

Nadia puso el dedo índice sobre la base del vaso.

—Sería mejor que fuera de noche y hacerlo a la luz de una vela — dijo Micky—. Eso crea un ambiente más propicio para que los espiritas acudan, pero como ninguno de los que aquí estamos quiere esperar hasta la noche, puedes intentarlo ahora.



—Ojalá llegue la policía cuanto antes —dijo Lizzy en tono de queja.

—Siendo — pidió Nadia.

La mano de Maxwell apresó la muñeca de Nadia para preguntarle

—¿Estás segura de que quieres seguir adelante? Piensa que puedes iniciar un viaje sin retorna esto es más que un juego para ti. Hace poco tiempo que saliste de la cínica psiquiátrica y una recaída en tu enfermedad mental podría ser irreversible.

—Yo no he sido nunca una verdadera loca, Maxwell He tenido un recuerdo bloqueado por una amnesia local. ha sido como una mala digestión cerebral. No asimilé lo que vi y me ha hecho daño, pero quiero que todo termine de una vez. Ahora y aquí tengo la posibilidad de saber qué es lo que sucedió. Todo el miste rio estaba, en esta casita de juegos, aquí ocurro la tragedia de la que yo nada sabía. Sólo me curaré cuanto todo esté clara cuando ya no haya misterios. Y ahora, silencio, por favor.

Maxwell apartó su mano de ella, dejó que la muchacha escogiera su propio destino.

— Murderer, Murderer, ¿sigues aquí en la casita?

El vaso se deslizó hasta quedar sobre el «sí».

—¡Ha sido ella, ha «do ella! — gritó Lizzy.

—Cállate — pidió Micky.

Maxwell no dijo nada, se mantuvo a la expectativa.

—Sé que eres un asesino, tú mismo lo dijiste, ya no puedes esconderte en ningún interrogante.. Si eres un cobarde, márchate, pero si quieres seguir aquí, no te escondas, di la verdad, ¿Eres un hombre?

El vaso seguía sobre el «si», sin moverse.

—Yo creo que dice que si —opinó Micky.

—¿Quién eres en realidad?

El vaso se desplazó hacia las letras y Micky comen 26 a leer tas letras en voz alta con su voz pastosa.

YOUR FATHER.

—¡Tu padre, tu padre! —gritó Lizzy, mirando a Nadia.

Nadia quedó quieta, como petrificada. Maxwell le arrebató el vaso que se utilizaba para el juego y la arrojó al interior de la chimenea, estrellándolo, haciéndolo añicos.

—¡Basta ya, este juego es infernal!

—¿Infernal? S, claro —admitió Micky—. Es infernal porque de él se Saca la verdad ¿Tú qué crees. Nadia, fue tu padre el asesino?

—No, no mi padre estaba jugando bridge aquella noche, no pudo ser él — comenzó a decir tartamudeando, totalmente insegura, al borde de perder los nervios.

Maxwell cogió el plástico blanco en el que se hallaba impreso el círculo con las letras y los números y lo introdujo en la chimenea para hacerlo arder Las Ha mas crecieron y semejaron querer salir de la propia chimenea, lamiendo el borde exterior de la campana. Lizzy retrocedió asustada.

—¿Quiero irme de aquí! —gritó.

—Todos nos queremos ir —gruñó Micky.

Maxwell opinó:

—Arthur no debía haberse llevado a Shirley.

—Se habrán olvidado de nosotros —se lamentó Micky.

—Os vais a quedar aquí y seré yo quien vaya a avisar a la policía. Llegaré hasta el teléfono más cercano. Por cierto. Nadia, alguno de los chalets que hay en esta urbanización tendrá una línea telefónica en funcionamiento, ¿verdad?

—No lo sé, es posible que sí, pero quizá no haya nadie para abrirte la puerta.

—Si supiéramos que haya alguien en la urbanización… En fin. lo mejor será que monte en mi motocicleta y vaya a la primera casa que encuentre y desde allí avisaré a la policía.

—Yo voy contigo —dijo Lizzy.

—Tú te quedas.

—No quiero quedarme, no quiero quedarme, Nadia es una bruja.

La bofetada que le propinó Maxwell sonó seca y dura. El rostro de la muchacha se agitó. Se derrumbó luego sobre el rústico sofá y comenzó a sollozar convulsivamente.

—Yo volveré, me esperaréis aquí. Seguiré la rodada de Arthur, no podemos dejar que llegue la noche de nuevo.

—No te pierdas como Arthur —gruñó Micky.

—Tranquilizaos y no bebáis más —les pidió Maxwell Puso sus manos sobre los hombros de Nadia y le dijo—: Ten confianza, todo se aclarará y no pienses en esa tontería de que el asesino es tu padre.

La besó suavemente en los labios y abandonó la caseta.

Anduvo por la nieve hasta llegar a su motocicleta. Le quitó el plástico protector, la puso en marcha no sin dificultades y comenzó a avanzar por la rodada que Arthur dejara en la nieve al marchar,

El paisaje era bello pero sombrío, las casas parecían ocultarse tras la vegetación. La nieve les daba un aspecto más vistoso; sin embargo, allí se palpaba la soledad.

Sin salirse de la rodada dejada por Arthur, avanzó con más facilidad hasta llegar a la entrada de la urbanización donde estaba la cadena que impedía el paso de vehículos.

Allí descubrió la tragedia.

CAPITULO VIII

La cadena estaba puesta y la motocicleta había chocado contra día. Los cuerpos de Arthur y Shirley yacían sobre la nieve y sus posturas no presagiaban nada bueno.

Maxwell se apresuró a desmontar de su máquina, yendo en ayuda de sus amigos.

Lo mismo Shirley que Arthur estaban muertos. Sus rostros caídos sobre la fría nieve se habían azulada

— Dios mío, perra suene —se lamentó.

El ruido de un motor le obligó a levantar la cabeza.

Vio a un vehículo que avanzaba hacia él con los faros encendidos, como si llegase de una zona con niebla. El automóvil tocó el claxon y frenó con cuidado para no patinar antes de llegar a la cadena.

Maxwell se le acercó con los brazos en alto, saltando por encima de la cadena.

Pronto descubrió que aquel coche tipo ranchera y con buenas ruedas para circular por lugares difíciles, pues sino era un todo-terreno poco le faltaba, estaba conducido por una mujer, una mujer ya mayor.

Con el casco en la mano para no producirle inquietud. se acercó a la portezuela cuando la mujer bajó el cristal.

—¿Qué ha sucedido?

—Mis amigos han chocado contra la cadena.

—¿Están graves?

—Han muerto.

—Cuánto lo lamento. Yo he encontrado niebla, quizá sea que esa niebla estaba antes aquí.

— Es posible. Habrá que avisar a la policía.

—Sí, sí, claro, pero antes he de encontrar a mi hija

—¿Su hija? —repitió Maxwell, intrigada

—SI, ha venido aquí con unos amigos.

—¿Se llama Nadia Darwis?

—Sí, sí, ella es. ¿.Cómo está?

—En la casita, con dos amigos. Yo había salido para avisar a la policía pero ahora habré de retroceder para buscar las llaves. Alguien ha puesto esta maldita cadena en alto.

—Quizá algún propietario que ha pasado por aquí o el guarda, pero yo tengo otro juego de llaves.

—Magnifico, así podré salir de aquí y avisar a la policía.

—¿Quiere poner los cuerpos de ellos en mi coche? —señaló a los caídos.

—No, es mejor que la policía los encuentre donde han quedado para que luego no haya falsas interpreta dones. Deme las llaves y yo bajaré la cadena. Si puede usted pasar sin tocar los cadáveres o la moto caída, mejor.

—La moto tendrá que retirarla.

Con el juego de llaves, Maxwell hizo caer de nuevo la traidora cadena que impedía el paso de vehículos. Arrastró la máquina caída c hizo el espacio suficiente para que el coche tipo ranchera pudiera pasar. Después. Maxwell mentó en su poderosa motocicleta y se alejó en busca de la policía

La señora Darwis avanzó lentamente por el interior de la urbanización.

Conocía bien aquel lugar, pero también sabía que no podía descuidarse, pues el vehículo podía patinar sobre la nieve.

Cuando llegó al chalet, pasó junto a las dos motocicletas que allí quedaban. Continuó hasta la entrada del muro de falsos cipreses que encerraban la casita, aislándola del resto de la propiedad.

Tocó el claxon dos veces y luego, descendió, caminando hacia aquella casita de juegos que ella había hecho edificar para su hija. El rostro de la mujer expresaba una honda preocupación.

La vieron llegar y abrieron la puerta. Nadia se echó en sus brazos.

—¡Mamá, mamá!

—Hija, hija, ¿cómo te encuentras?

—Mamá, ha sido horrible, horrible. Tienes que decirme algo…

—Sí, hija, tengo que decirte algo, por eso he cogido el coche y he venido a buscarte.

—¡Mamá, dime que papé no es un asesino, dímelo, dímelo! —casi suplicó.

—Tranquilízate, Nadia, tranquilízate —le pidió, besándola en las mejillas y tratando de calmarla.

—El me lo ha dicha me lo ha dicho. «Soy un asesino y soy tu padre.»

—No es posible, Nadia, no puede habértelo dicho porque está muerto.

—¿Papá muerto? — repitió, anonadada.

—Hija, es muy difícil de explicar, pero tú, tú. ¿cómo has podido saber..?

—Se lo ha dicho el espíritu del muerto, señora, nosotros somos testigos. ¿Verdad, Lizzy? —Micky se echó a reír sin soltar la botella que sostenía en su mano.

Lizzy no quiso decir ni saber nada. Corrió hada el coche y abrió una portezuela, y se introdujo en el, encerrándose.

—Mamá, no te enriendo. Tratas de decirme algo, pero yo no te entiendo, no te entiendo.

—Hija, el que conoces como tu padre no es un asesino. Yo no vivo con él, sabes que estamos divorciados.

—Sí, eso está claro, mamá, pero…

—Entremos en la casita, tengo que hablarte. Tú —se encaró con Micky— espérame en el coche con la otra chica. Vuestro amigo ha ido 3 buscar a la policía.

—Eso está bien, pero ya tenemos un coche para marchar —dijo Micky, riéndose.

La señora Darwis cerró la puerta de cristales donde faltaban tres, suplidos por cartones.

—¿Hay alguien arriba? —le preguntó a Nadia.

—No. estamos solas.

—En ese caso, ya puedo contarte la verdad. Suspiró—. Es una historia larga, pero trataré de resumirla.

—Cuéntame, cuéntame, quiero saber —suplicó Nadia, confundida.

—El hombre que conoces como tu padre, fue un impotente temporal. Nuestro matrimonio no funcionaba bien, pero ya sabes que éramos muy moralistas y sostuvimos nuestra situación durante mucho tiempo, pero yo. yo cedí a fas insinuaciones de un tambre. Ojalá no lo hubiera hecho.

—Entonces, ¿tu marido no es mi padre?

—No. Tu verdadero padre fue otro hombre, un amigo de mi marido, alguien que estuvo aquí en algunas ocasiones y conocía bien nuestras costumbres.

—¿Y Louis?

—Louis si fue hijo de mi marido cuando se recuperó. pero fue por poco tiempo.

—¿Y la muerte de Louis?

—Fue accidental, aunque se sospecha que alguien le hizo tomar un opiáceo. Quedó medio dormido y lo arrojaron a la piscina. Se buscó pero jamás se pudo averiguar nada, aunque ahora tengo sospechas de que el asesino que tú buscas, el asesino de Caroline y Ruth, es el mismo que mató a Louis.

—¿Y tú lo sabías?

—No. no lo he sospechado hasta esta misma mañana, cuando he

conocido la noticia, por eso he venido?

—¿Qué noticia?

—Una de la que se hablará durante mucho tiempo.

—¡Explícate! —apremió Nadia, impaciente.

—Robaron en el apartamento del 3migo de tu padre.

—De tu amante.

—Sí, es lo mismo.

Afuera, Micky y Lizzy tocaron el claxon, impacientes.

—Sigue, mamá.

—El estaba fuera y la policía, avisada por una vecina acudió al apartamento robado que tenia la puerta reventada. La policía ha entrado y ha estado mirando el interior. A uno de los agentes se le ha ocurrido abrir el congelador 3l observar en el indicador que no estaba funcionando y al abrirlo, un desagradable olor le ha inquietado.

—Entiendo, el aparato no funcionaba y los congelados se han estropeado.

—Así es, hija, el congelador estaba averiado y. por lo visto, el asesino no se había dado cuenta. Debajo de paquetes de comida, metidas en bolsas de plástica han encontrado hasta ocho cabezas de niñas asesinadas.

Nadia se tambaleó.

—Dios mío, no es posible.

—Sí, hija. Dos de ellas serán las de Caroline y Ruth que jamás se encontraron. El asesino es un perturbado mental, un loco que decapitaba niñas y consérvate sus cabezas en un congelador doméstico.

—Qué horror, mamá. ¿Y dices que ese hombre es mi padre?

—Hija, tú no eres culpable de nada. Oso explica que asesinara a tus amigas pero a ti te respetara, aún en su locura. La policía estuvo esperando el regreso del asesino y cuando éste llegó a su apartamento. lo detuvieron. Esposado y toda consiguió saltar por una

ventana a través de los cristales, matándose y llevándose consigo la explicación de su sangrienta locura.

— Pera ¿por qué. por qué cometía tales crímenes, mamá?

—Ya no lo sabremos nunca, Nadia, el asesino ha muerto.

—¿Y... —tragó saliva— quién era?

—Cunard.

—¿Cunard, el jefe de personal de la Informatronic Corporation? —aclamó ahogadamente.

—Sí, el amigo de la familia que cuidó de que ni tuvieras un buen empleo, claro que el favor se lo hada a su propia hija y él lo sabía.

—Mamá, mamá, cuánto horror. Dios mío, cuánto horror, no puedo soportarlo.

En aquel momento oyeron que se ponía en marcha el motor del coche. Micky y Lizzy se habían cansado de tocar el claxon y ahora parecían querer marcharse.

—¡Tus amigos están locos'

—¡Micky está borracha mamá!

La señora Darwis y Nadia salieron corriendo de la casa. Vieron alejarse al coche dando una amplia vuelta. Micky estaba demasiado bebido y la nieve hizo el resto.

El automóvil se precipitó hacia la vacía piscina, cayendo al interior de la misma e inclinándose de motor en un violento choque.

La señora Darwis se llevó las manos a la cabeza ante lo irremediable.

Nadia, alucinada, vio como del interior de la piscina sin agua brotaban grandes llamaradas. El coche siniestrado quedó envuelto en fuego con Lizzy y Micky dentro de él

Las dos mujeres no quisieron acercarse al borde de la piscina para no presenciar el horrible suceso, fuego y humo era lo único que podían ver.

De pronto, la puma de la casita de juegos comenzó a batir con

fuerza. Un portazo y otro y otro—

—Mamá, mamá, no podemos regresar a la casita, el espíritu de Cunard, de mi padre, está ahí.

La señora Darwis, estremeciéndose, pasó su brazo en torno a la espalda de su hija.

—Vámonos, vámonos de aquí —le pidió.

Dentro de la casita, además de los portazos, se produjeron más ruidos, era como si alguien lo estuviera destrozando todo. Era una furia irracional que no podía verse, pero que semejaba un pequeño huracán encerrado en la casita de juegos.

Aterrorizadas, sosteniéndose mutuamente, madre e hija echaron a andar, alejándose de aquel maldito lugar, posando la nieve y esperando encontrarse cuanto antes con la policía que Maxwell había ido a buscar.

La noche caería sobre ellas en pocos minutos y los perros cimarrones aullarían hambrientos.

—Mamá, mamá, ¿no oyes? ¡Son las sirenas de la policía! —gritó Nadia. y las dos echaron a correr para encontrarse cuanto antes con Maxwell y la policía que las devolverían al mundo de lo racional

FIN